

ATACADOS EN EL ESPACIO

alf regaldie

CIENCIA FICCION



ATACADOS EN EL ESPACIO

alf regaldie

CIENCIA FICCION

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

334 — La nube cósmica. — Ralph Barby.

335 — Enigma en Sural. —A Thorkent.

336 — Expedición al infinito. — Glenn Parrish.

337 — El reparto. — Marcus Sidereo.

338 — Guerra galáctica. — A. Thorkent.

ALF REGALDIE

ATACADOS EN EL ESPACIO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO nº 339

Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 52.308 – 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: febrero, 1977

cubierta

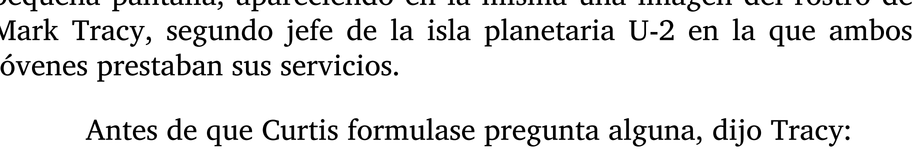
Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

James Curtis, que examinaba atentamente la pantalla del L-V (siglas de Long Visión), descubrió en uno de los extremos del campo de visión un punto aún impreciso, pero que no correspondía a nada conocido.

Para corroborar su apreciación, en uno de los tableros de la cabina se encendió una luz roja, destellante y, a continuación, se produjo el sonido bronco de un avisador.



Pulsó Curtis un mando e inmediatamente se iluminó una pequeña pantalla, apareciendo en la misma una imagen del rostro de Mark Tracy, segundo jefe de la isla planetaria U-2 en la que ambos jóvenes prestaban sus servicios.

Antes de que Curtis formulase pregunta alguna, dijo Tracy:

—He escuchado la alarma.

—¿Y qué dice tu pantalla?

—Nada...

—Sin embargo...

—¿Qué dice ahora la tuya? —preguntó Tracy, en tonillo humorístico.

—En este momento ha desaparecido el fenómeno que se reflejó en ella. Y ha cesado, por lo tanto, la alarma...

—Cualquier meteorito...

—Más vale así.

—¿Qué temes?

—Lo que se dice temer, no temo nada. Ya me conoces —replicó Curtis con ligera ironía que correspondía con el tonillo humorístico empleado anteriormente por Tracy.

Por unos segundos se repitió la alarma, para volver a quedar todo inmediatamente en calma.

Curtis permaneció silencioso.

Tracy dijo entonces:

—Tal vez se trata de uno de nuestros cohetes.

—Nuestros cohetes son detectados, pero no producen efecto sobre los sistemas de alarma.

—Bien, es algo que no ignoro. Sin embargo, puede ser un nuevo modelo que no esté registrado en nuestros archivos-computadores...

—Cabe... —señaló Curtis por decir algo, sin convencimiento alguno.

—Es posible también que por la posición en que lo ha captado, haya dado la alarma...

—También es posible, aunque no probable...

—Estamos esperando uno de esos cohetes...

—Ya lo sé. Pero de ser como dices, se reflejaría en la pantalla y no produciría alarma.

—Cierto.

Guardaron silencio.

Y Curtis volvió a su observación en la pantalla, tratando de descubrir alguna anormalidad que pudiese escapar a los sistemas de alarma.

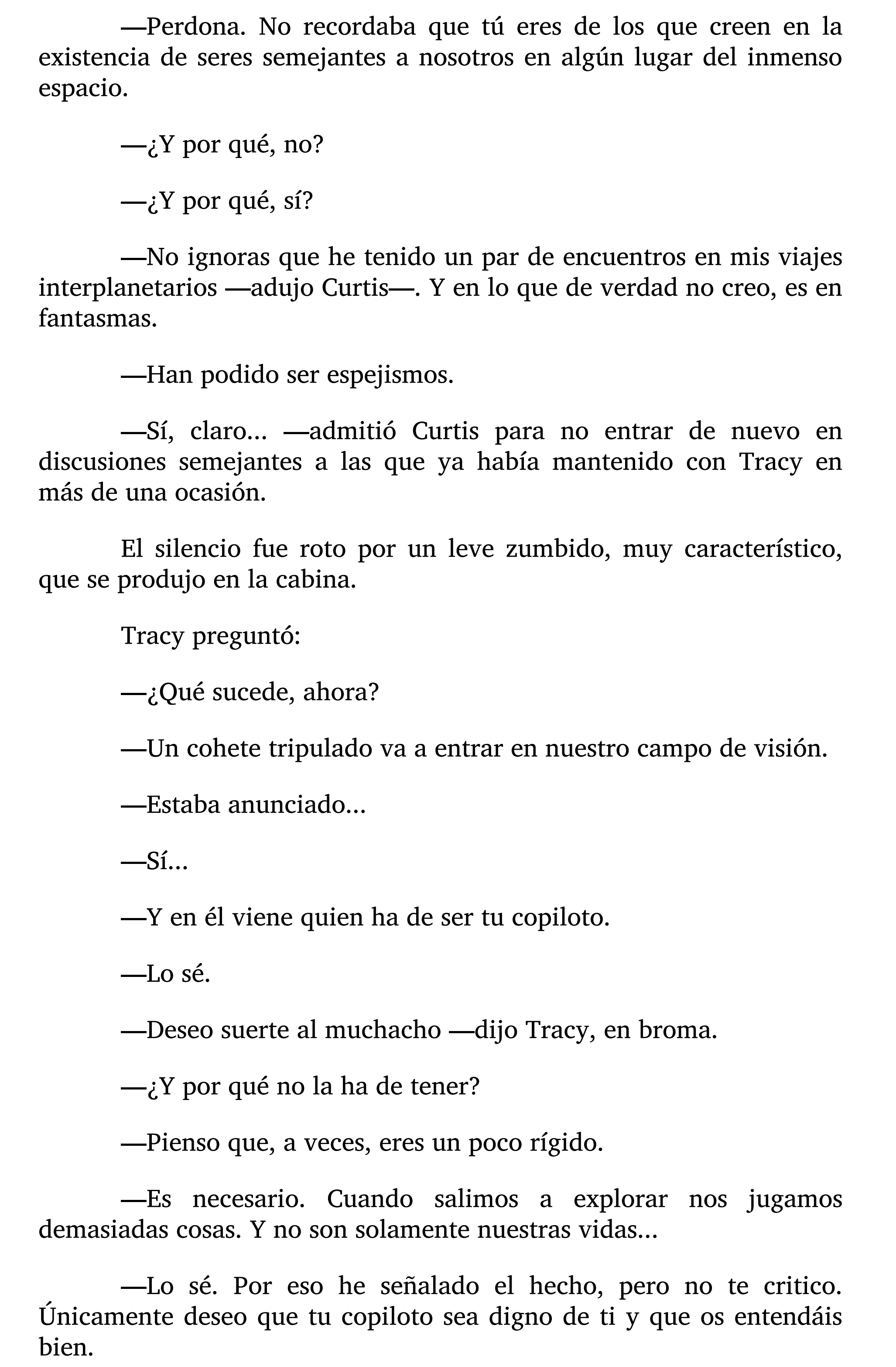
Tracy dijo, al cabo:

—Pienso que nuestros sistemas de islas planetarias no sirven más que para tener controlado todo movimiento que se produzca en la Tierra.

—Sí, claro. Y como punto de apoyo para las expediciones que se realizan a los planetas de nuestro sistema solar; y las exploraciones más allá de él.

Tracy captó un matiz irónico en las palabras de Curtis.

Y se apresuró a decir:



—Perdona. No recordaba que tú eres de los que creen en la existencia de seres semejantes a nosotros en algún lugar del inmenso espacio.

—¿Y por qué, no?

—¿Y por qué, sí?

—No ignoras que he tenido un par de encuentros en mis viajes interplanetarios —adujo Curtis—. Y en lo que de verdad no creo, es en fantasmas.

—Han podido ser espejismos.

—Sí, claro… —admitió Curtis para no entrar de nuevo en discusiones semejantes a las que ya había mantenido con Tracy en más de una ocasión.

El silencio fue roto por un leve zumbido, muy característico, que se produjo en la cabina.

Tracy preguntó:

—¿Qué sucede, ahora?

—Un cohete tripulado va a entrar en nuestro campo de visión.

—Estaba anunciado…

—Sí…

—Y en él viene quien ha de ser tu copiloto.

—Lo sé.

—Deseo suerte al muchacho —dijo Tracy, en broma.

—¿Y por qué no la ha de tener?

—Pienso que, a veces, eres un poco rígido.

—Es necesario. Cuando salimos a explorar nos jugamos demasiadas cosas. Y no son solamente nuestras vidas…

—Lo sé. Por eso he señalado el hecho, pero no te critico. Únicamente deseo que tu copiloto sea digno de ti y que os entendáis bien.

—¿Y por qué no nos hemos de entender? Tan pronto como esté conmigo, le señalaré cuál es la línea de conducta a seguir, cuáles son sus obligaciones…

—Sí. Y le dirás, asimismo, que si no se considera lo suficientemente duro y disciplinado como para cumplir, que puede pedir un cambio de destino.

—Exactamente. Y que tal petición no se reflejará de manera negativa en su expediente…

—Sería injusto —dijo Curtis.

Los dos jóvenes volvieron a guardar silencio.

Curtis, que observaba la pantalla, anunció:

—Ya lo tenemos ahí.

—Tal como anunciaba en la pantalla se señaló la forma precisa de uno de los cohetes biplazas más rápidos de los logrados y capaz de posarse en una superficie relativamente pequeña, como la que podía ofrecer una isla planetaria.

Mientras Curtis seguía el desplazamiento del cohete, la imagen de Tracy desapareció de la pantalla iluminada.

Pero no tardó en volver a aparecer para comunicar a Curtis:

—No se trata de un novato, Jimmy.

—¿Ah, no? No me digas que me envían a un veterano resabiado…

—No te debo decir tal cosa porque no se ajustaría a la verdad…

—Está bien. Suelta lo que sea. A fin de cuentas, ya lo tenemos aquí y no lo podremos despedir fácilmente.

—Querrás decir que la tenemos aquí. Porque se trata de una chica…

—¡No! He dicho mil veces…

—Sé lo que has dicho mil veces… Pero los últimos decretos son terminantes: No se puede hacer discriminación alguna por causa del sexo.

Curtis se mantuvo silencioso, reflexionando, sin dejar de observar la pantalla.

Y dijo, al fin:

—Está bien. No se puede hacer discriminación a causa del sexo. Pero yo he cumplido ya mi tiempo de permanencia obligada en una isla planetaria. Y puedo pedir mi regreso a la Tierra.

—No hay duda que lo puedes hacer. Pero por ello no te vas a librar de tener chicas a tus órdenes. E, incluso, puedes estar a las órdenes de una mujer. ¿Te gustaría?

—¡No!

—Lo suponía. Creo recordar que uno de los motivos de que adelantases tu servicio en una isla fue ése...

—Sí —dijo escuetamente Curtis.

—¿Conoces al general Adams? —preguntó Tracy.

—Le conozco perfectamente. Y le aprecio en lo que vale, que es mucho. Todo lo contrario que a su hermana. Supongo que estará a punto de ascender a coronel.

—Fue ella la causa de que pidieses este destino, ¿no?

—Justamente —replicó Curtis, en tono hosco.

—Pues tendríamos mucha suerte sí, cuando ascienda a coronel, no nos la envían como jefe. No ignoras que el coronel Baker está a punto de ascender a general...

—Me alegraré por él y lo sentiré por nosotros. No es fácil encontrar un jefe como él...

—De acuerdo. Pero vamos a lo que importa. Ese segundo teniente que está a punto de llegar, que va a formar parte de nuestro equipo como copiloto tuyo, es Gail Adams, hija del general Sam Adams —informó Tracy.

—Me importa un rábano quien pueda ser. Espero que sea apta y disciplinada.

—Sin duda que lo será; de otra forma no la habrían enviado. En nuestro centro de destinos te conocen. Y sabían que el segundo

teniente que pedíamos iba a estar a tus directas órdenes…

—¿Tan mala fama tengo por allá abajo? —preguntó Curtis, en tono de humor.

—No sé si es buena o mala. Pongamos que es la que tú te has creado… Pero vamos allá, porque parece que ya la tenemos ahí…

—Vamos allá…

Los dispositivos de observación acusaban ya la presencia de un aparato tipo cohete, procedente de la Tierra, el cual se disponía a tomar contacto con la U-2.

James Curtis accionó un dispositivo que ponía en funcionamiento el observador automático, y se dispuso a pasar a la cabina en que se hallaba Tracy.

Una vez reunidos, los dos hombres pasaron a la sala de mando a la cual llegaba en aquel momento el coronel Jeremy Baker, coronel jefe de la isla.

Poco después, conducida por el oficial de destinos, llegaba a la sala la recién llegada, a la cual el coronel Baker dio la bienvenida.

Gail Adams, según pensó Curtis tan pronto la vio, se parecía extraordinariamente, en lo físico, a su tía Nancy.

Aunque Gail resultaba bastante más simpática y atractiva.

El segundo teniente Adams, que no reflejaba en absoluto el natural cansancio, se mostró disciplinada y segura de sí cuando fue presentada a los que debían ser sus superiores inmediatos en su nuevo destino.

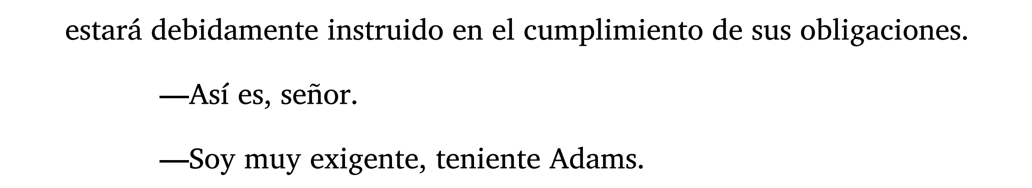
Cuando llegó el turno a Curtis, dio Gail la sensación de que conocía perfectamente la clase de jefe inmediato que le correspondía, porque se dirigió a él con el máximo respeto y seriedad, diciendo:

—Segundo teniente Gail Adams, señor.

—Descanse, teniente. Sé que viene destinado como copiloto a mi aparato.

—Así es, señor.

—No quiero hacerle consideración alguna, porque supongo que



estará debidamente instruido en el cumplimiento de sus obligaciones.

—Así es, señor.

—Soy muy exigente, teniente Adams.

—Y yo también, señor. Quiero decir que soy exigente conmigo misma —respondió Gail en tono mesurado.

Estuvo a punto Curtis de decir a la recién llegada la consabida frase de que podía pedir un cambio de destino si consideraba que el servicio a su lado era demasiado duro.

Pero desistió a tiempo al captar la sonrisa de Tracy, que esperaba la frase y, más que la frase de Curtis, la reacción de la recién llegada.

Curtis dirigió una fugaz mirada a Tracy.

Y respondió, amablemente, a la recién llegada:

—En tal caso estoy seguro de que nos llevaremos bien.

—En eso confío, señor.

—Gracias. Por mí, puede retirarse. Salvo caso de emergencia, queda libre de servicio en veinticuatro horas.

—Gracias, señor. ¿Me deberé presentar a usted pasado ese plazo?

—Se lo agradeceré. Si le necesito antes, le haré llamar.

Tracy volvió a sonreír. Se había dado cuenta del cambio de tratamiento que había iniciado Curtis, con respecto a la gentil segundo teniente.

Gail, tras solicitar permiso, se retiró, precedida por el oficial encargado de destinos, el cual estaba encargado de señalarle el lugar en donde debería instalarse.

Cuando la chica hubo desaparecido, el coronel Baker se dirigió a Curtis para decirle:

—Creo que, al fin, le han enviado el colaborador que usted necesitaba y que podrá responder a sus exigencias.

—No se trata de mis exigencias, señor, sino de las exigencias del servicio...

—Lo sé, Curtis. De todas formas, mi enhorabuena.

El joven capitán no pudo darse cuenta de si en las palabras de su jefe había un fondo de broma.

Como fuese, prefirió no darse por aludido.

Baker preguntó a continuación:

—¿Qué ha sido de esa alarma que se ha producido poco antes de que el cohete en que venía Adams señalase su presencia?

—Ha aparecido un objeto volador no identificado, en uno de los extremos de la pantalla. Pero ha desaparecido inmediatamente.

—¿Qué piensa de ello?

—Pienso que no estamos solos en el espacio y que fuera de nuestro sistema solar pueden existir otros mundos habitados, con civilizaciones tan avanzadas como la nuestra.

—Sí... Hay mucha gente que no quiere considerar esa posibilidad; y, sin embargo, existe.

—Eso pienso...

—Pues hay que estar más alerta que nunca —señaló el jefe de la isla.

En aquel momento fueron interrumpidos ambos hombres por un oficial de comunicaciones que entregó al coronel Baker un texto recién recibido en la isla.

El rostro de Baker reflejó contrariedad y alarma.

CAPÍTULO II

El coronel Jeremy Baker, tras haber leído el texto, se dirigió a los hombres que se hallaban reunidos con él y dijo:

—Caballeros. Uno de nuestros aviones-cohete, una especie de prototipo que se hallaba en pruebas de experimentación, ha

desaparecido en el espacio.

Tras una corta pausa, añadió Baker:

—Se dirigía hacia nuestra isla planetaria U-2.

Señaló una nueva pausa antes de proseguir:

—Iba tripulado por el coronel Nancy Adams, recién ascendido y por el segundo teniente Anthony Butler.

—¿Tienen una idea de las causas de la desaparición?

—No parece que las cosas estén claras en ese sentido, aunque se descarta la posibilidad de un accidente.

—¿En tal caso, en qué debemos pensar, señor? —preguntó Curtis.

—Me gustaría saberlo. De improviso dejaron de funcionar sus sistemas de comunicación. Y ninguna pantalla, ni de Tierra ni de las islas flotantes, lo han podido captar.

—¿Se ha pensado en la posibilidad de que se haya desviado lo suficiente como para haber salido del radio de nuestros sistemas de detección?

—Se ha pensado en ello. Pero eso implicaría que han perdido el dominio de la nave. Y antes de la emergencia, no se ha señalado avería alguna.

—Pueden haber sido capturados por algún enemigo, ¿no? —preguntó el mayor Tracy.

—Cabe en lo posible, pero ¿quién? Ese prototipo se ha desarrollado en cooperación con la URRS. No hay otro posible enemigo. Ellos tienen ese prototipo y lo ensayan, lo mismo que nosotros.

Curtis dijo:

—Eh la Tierra, con motivo de la última guerra que se padeció, se logró anular, en ocasiones, procedimientos de detección que se consideraban infalibles...

No había terminado de hablar el joven cuando se produjo una nueva alarma, pero, en aquella ocasión, de manera persistente.

Cada uno se dispuso a ocupar su puesto. Y Curtis corrió a la cabina en donde se hallaba la pantalla de detección que le estaba confiada.

El mayor Tracy, que siguió a Curtis, observó al mismo tiempo que éste, la imagen de un aparato volador que había entrado en el campo de captación de la pantalla.

—Ahí lo tiene —dijo Curtis.

—Tenía usted razón.

—¿No pueden ser éstos quienes se hayan apoderado de nuestro prototipo? —preguntó Curtis.

—Cabe en lo posible… Eso es una especie de disco volante —replicó Tracy.

—No es un fantasma. A veces los OVNIS han podido ser producto de la imaginación de las gentes. Pero ahí tenemos uno…

—¿Va a salir, Curtis?

—¿Es que puedo hacer otra cosa? ¿Ha pensado que tal vez ellos se han apoderado de nuestro prototipo?

—En la falta llevan el castigo, porque también se han apoderado del nuevo coronel Adams.

Rieron los dos jóvenes.

Tracy se excusó de su irrespetuosa salida con una mirada y dijo a continuación:

—Saldré con usted…

—Lo siento, señor, pero tengo ya copiloto. Y voy a avisarle que vamos a salir inmediatamente.

Pensó Curtis que debería reprender a la joven por no haberse presentado, una vez que la alarma había sido dada.

Pero, en el mismo instante, se presentaba Gail Adams totalmente equipada para la salida.

—Segundo teniente Adams, dispuesto para salir si fuese necesario, señor.

La atractiva chica, totalmente equipada según pudo apreciar Curtis con su experimentada mirada, saludó marcialmente.

—Gracias, teniente. Debo solicitar permiso del coronel para salir; pero no tardaré en obtenerlo.

Seguidamente Curtis, en tonillo irónico, dijo a Tracy:

—Su puesto está en la U-2, señor. Mi copiloto está dispuesto.

—Adelante. Y suerte —replicó Tracy con viveza, dando la sensación de que le divertía comprobar que Curtis no había tenido necesidad de llamar a su ayudante de vuelo.

En una segunda pantalla se dejó ver la imagen del coronel Baker, el cual ordenaba a Curtis:

—Debe salir en persecución de ese OVNI, capitán.

—Dispuesto para ello, señor. Iba a solicitar su permiso.

Curtis, desde que había tomado la decisión de salir, sin dejar de atender a sus superiores y a su ayudante, se equipaba adecuadamente para la salida.

Sabía que a Tracy le divertía comprobar que era Gail Adams quien tenía que esperar la puesta a punto de su jefe.

Se produjo un leve y característico zumbido, bien conocido por todos los que formaban la dotación de la U-2.

Gail anunció:

—Ondas de protección. Se teme un ataque.

—¿Las conoce? —preguntó Tracy.

—He venido debidamente instruida, señor —subrayó la joven, en un tonillo humorístico que captó Curtis, aunque no hizo comentario alguno.

Se percibió una leve explosión que la isla U-2 no llegó a acusar gracias a las ondas de protección.

Y a la explosión siguió el lanzamiento, por parte de la isla, de varios cohetes que debían buscar su blanco en el espacio.

Una serie de cohetes que deberían ser atraídos por el calor que debía producir su objetivo; y otros que debían ser atraídos por el movimiento.

Se produjeron las dos series de explosiones, que fueron denunciadas por las pantallas que tenían tal misión.

Pero se comprobó que ninguno de los cohetes habían podido llegar hasta su objetivo, al cual no habían causado daño alguno.

Fue algo que hicieron llegar a conocimiento de Curtis cuando éste y Gail habían llegado hasta donde estaba, debidamente preparada y equipada, su aeronave de sistema cohete, rápida y maniobrera y equipada con elementos perfectos, tanto para la defensa como para el ataque.

Gail ocupó su puesto, demostrando una agilidad y entrenamiento envidiables.

Y le siguió Curtis quien, una vez a bordo, dio la señal de partida al personal que debía auxiliarles en su despegue y proyección al espacio.

La teniente hizo la señal de que estaba todo dispuesto por su parte.

Y Curtis hizo la señal definitiva.

En el momento de partir, le repetían:

—Nuestros cohetes han hecho explosión, pero no han tocado a ese objeto no identificado aún.

—¿Tienen idea de cuál ha podido ser la causa? —inquirió Curtis.

—Pueden haber dos motivos: Que los hayan hecho explosionar antes de que pudiesen llegar a determinado lugar en donde les habrían afectado. O tal vez disponen de una protección de ondas similares a las nuestras.

—Okay. Salimos.

—Suerte…

El cohete estaba ya en pleno vuelo.

Y pronto, muy pronto, la isla planetaria U-2 apenas si fue un punto en la inmensidad del espacio.

—Tome los mandos, por favor —pidió Curtis a su copiloto.

—Sí, señor.

Una vez Gail se hubo hecho cargo de la dirección de la aeronave espacial, Curtis manipuló en los mandos de una pantalla y los rayos de detección hicieron una auténtica barrida por el espacio, en todas las direcciones posibles.

—Nada —dijo Curtis, dirigiéndose a su copiloto.

Ordenó una nueva dirección.

Y le llegó de la U-2 la confirmación de que su maniobra había sido buena.

El coronel Baker, personalmente, prosiguió informando :

—Se trata de un solo aparato en forma de disco, el cual se aleja delante de ustedes a una velocidad crucero de un tercio v.L.

—Gracias, señor.

Hizo aumentar la velocidad de su aeronave.

Y poco después descubría Curtis, en la pantalla de detección, el aparato perseguido.

—Ya lo tenemos ahí —dijo.

Y siguieron unas instrucciones a Gail para que cuidase de mantenerse en la misma línea de avance.

Trató por su parte de acortar distancias.

E informó a la isla U-2:

—Aparato no identificado, descubierto. Le seguimos acortando distancias.

—Si luchan, deben tener en cuenta que en él pueden ir el coronel Nancy Adams y el segundo teniente Butler.

—He pensado en ello, señor.

Entraban en una distancia en la que podían ser atacados, lo mismo que podían atacar ellos.

Y ordenó a Gail:

—Protección de ondas.

—Barrera de ondas interpuesta, señor.

La aeronave enemiga, una especie de gigantesco disco volante según pudieron comprobar, inició una maniobra.

—Aumentan la velocidad de su avance, señor.

—Comprobado. Intentaremos seguirles.

Los del disco volante remontaron con relación al plano en que estaban hasta entonces y su imagen se perdió pronto en las pantallas detectoras del cohete de la Tierra.

—Esto no me gusta —dijo Curtis a media voz, al percatarse de la maniobra.

—Ni a mí, señor.

Prosiguió su avance el cohete, realizando, bajo la dirección de Curtis, una maniobra similar a la que había llevado a cabo la misteriosa aeronave.

—¿Seguimos adelante, señor? —preguntó Gail.

—Son las instrucciones que tengo. Y como llevamos alimentos y combustible suficientes, incluso para salir de nuestra galaxia y regresar a la base, no hay problema.

—He comprobado esos extremos, señor.

—Magnífico. ¿No experimenta una sensación rara?

—Si se refiere a algo que se pueda parecer al miedo, le diré que no; y soy sincera.

—¿Por qué ha solicitado usted ser destinada a nuestra U-2?

—Porque es el más distante de la Tierra.

—¿Puedo saber de quién huye?

—No es exactamente una huida…

Guardó Gail unos instantes de silencio para proseguir diciendo al cabo:

—Estaba a las órdenes directas del mayor Nancy Adams. Que por cierto, ascendió a poco de salir yo de la Tierra, según pude enterarme…

Carraspeó Gail y se decidió a decir:

—Y con todos mis respetos por la jerarquía, le aseguro que a mi tía Nancy no hay quien la aguante.

Jimmy estuvo a punto de romper a reír con fuerza. Fue capaz de resistir a la risa, pero Gail comprendió.

Y preguntó:

—¿Qué le divierte tanto?

—Yo también he padecido al mayor, hoy coronel, Nancy Adams.

—Es hermana de mi padre.

—Lo sé. Siento profundo respeto y admiración por el general Samuel Adams. Lamento no poder decir lo mismo del coronel Nancy Adams.

Seguidamente señaló Curtis hacia un punto indeterminado delante de ellos y dijo a la joven:

—¿Tiene idea de que su tía Nancy tal vez ha sido apresada y viaja en esa especie de disco volante?

—¡No me diga, señor!

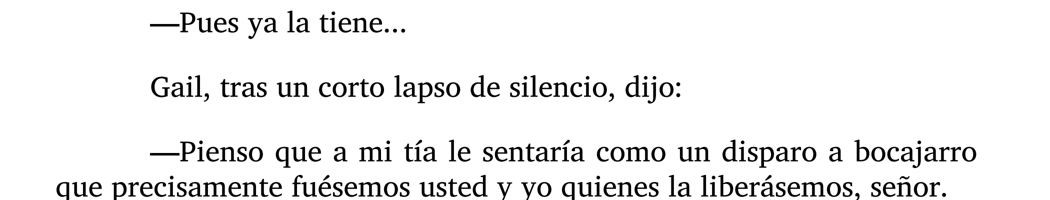
—Pues es una de las posibilidades a admitir.

Seguidamente Curtis puso a su copiloto al corriente de todo lo que sabía, concerniente a la desaparición del prototipo con la coronel Adams y el segundo teniente Butler.

El comentario de Gail fue:

—¡Vaya con Tomy Butler! Siempre tuve la impresión de que

deseaba ocupar mí plaza cerca de mi tía.



—Pues ya la tiene...

Gail, tras un corto lapso de silencio, dijo:

—Pienso que a mi tía le sentaría como un disparo a bocajarro que precisamente fuésemos usted y yo quienes la liberásemos, señor.

—¿Cree de verdad que le molestaría?

—Usted la conoce bien, señor. Y sabe que no ha sabido encajar que primero usted, luego yo, hayamos rechazado su material protección.

Casi sin transición, dijo:

—Pero no está bien que murmuremos de un superior. Deberemos guardar el secreto.

Se expresó Gail con jovialidad, logrando que Curtis se sintiese satisfecho de tener tal copiloto.

En aquel momento, Curtis señaló la pantalla de detección y dijo:

—Pienso que tratan de envolvernos.

CAPÍTULO III

Gail correspondió a las palabras de Curtis señalando hacia la pantalla.

—Ya los tenemos ahí.

La joven, que había dejado al cohete sin la protección de la barrera de ondas para ahorrar energía, volvió a colocarla.

Jimmy, por su parte, observó en la correspondiente pantalla unas irregularidades seguidas de leves destellos.

Hizo Gail una señal a su jefe para indicarle que estaba todo preparado para entrar en acción.

Y Curtis, prácticamente en el mismo instante, hizo maniobrar los mandos de la aeronave, sacando a ésta de la normal trayectoria del posible ataque enemigo.

A la maniobra de Curtis casi correspondieron dos nuevos destellos y el ruido leve, levísimo, de una explosión que, sin embargo, debió ser muy potente a juzgar por la sacudida que, pese a su protección, experimentó el cohete de la Tierra.

Prosiguió Curtis la maniobra emprendida y, cuando apenas la aeronave enemiga entró de nuevo en su radio de acción, lanzó una doble descarga de rayos desintegradores.

Proseguía en tanto su maniobra y, cuando aún no se había producido el destellar de las explosiones, llevó a cabo otra doble descarga.

Gail, atenta a los efectos de la acción, exclamó alegremente :

—¡Vaya! Parece que les ha hecho usted daño.

—He tirado a dar —respondió Jimmy, flemáticamente.

—¿Ha pensado en que, si los destruía, podrían perecer el coronel Adams y el segundo teniente Butler?

—Ellos tenían la protección de las ondas...

—Pero a pesar de ello les ha hecho daño...

—Es todo lo más que se puede conseguir en estas condiciones.

—¿Me lo puede explicar?

—A ello iba... En algunas maniobras pude observar que si se efectúan las dos dobles emisiones con un intervalo de un par de décimas de segundo, la primera abre brecha en las ondas y deja un pequeño paso a la segunda emisión...

—Una magnífica lección, señor.

—Naturalmente, el daño que se hace no es como para lograr una victoria total; pero puede llegar a ponerse en franca inferioridad a un enemigo.

—¿Quiere significar que nosotros podemos ser vulnerables en el mismo sentido?

—Podemos serlo, si no se maniobra con la debida rapidez. Que es lo que, precisamente, hice para evitar riesgos.

—¿Conoce mi tía esas experiencias suyas?

—No. No he querido hacer comunicación alguna a nuestros mandos hasta no tener una experiencia real...

—Y ya la tenemos.

—Espero que sí...

Mientras hablaban el capitán Curtis y su copiloto, el primero no había dejado de estudiar todos los aparatos de detección de que disponía la aeronave espacial.

Dos hábiles maniobras seguidas, le permitieron evitar que los del gigantesco disco volante les sorprendieran con algo semejante a lo que él había realizado.

En un momento dado realizó otra desconcertante maniobra, la cual aprovechó para descargar dos ráfagas más de los mismos rayos desintegradores.

Gail, en su puesto de observación, volvió a anunciar :

—¡Los ha afectado de nuevo!

Daba la impresión la joven copiloto de que estaba excitada por aquella especie de partida de caza, en la que estaban empeñados.

Curtis, que se dio cuenta de ello, dijo en tono de advertencia:

—Ahora hay que tener mucho cuidado. Ese tipo de disco volante en nuestro camino, viene a ser una especie de fiera acorralada en una partida de caza en la que no se puede dar cuartel.

—Lo comprendo. ¿Qué piensa hacer?

—Esquivarlo cuando ataque. Y seguirlo cuando vuelva a huir.

Gail dirigió una mirada a los aparatos que señalaban la posición del cohete aeroespacial.

Y dijo:

—Considero obligado señalarle nuestra situación. Hemos dejado atrás nuestro sistema solar…

—Sí… Y, en parte, lo siento, porque entramos en algo que me es completamente desconocido.

—Pero no podemos retroceder…

—No… Hay que seguirles de cerca, acosarles, obligarles a buscar refugio en algún cuerpo celeste, habitable o no…

Afirmó Gail, que prosiguió:

—Habitado o no.

—Exactamente.

—Con un poco de suerte, podemos formar una colonia fuera de nuestro sistema solar.

—Eso depende de los avances político-sociales que encontremos —respondió Curtis en tono festivo.

Gail rió de manera clara, franca.

—Tiene usted unas ideas extraordinarias, señor. Ruego que me perdone.

—¿Qué debo perdonar; su sentido del humor? Eso es

estupendo y más, si se piensa que podemos estar juntos, y solos, durante un tiempo que no me atrevo a calcular.

—Justo. Y menos, en el espacio…

—En donde afortunadamente, a la velocidad que viajamos, prácticamente no se envejece…

Se adentraba el cohete aeroespacial en el núcleo de un nuevo sistema planetario, dirigiéndose hacia el centro del mismo.

Curtis hubo de hacer algunas correcciones para evitar el pasar demasiado cerca de la estrella que servía de centro del sistema.

—Tal vez a nuestros enemigos les gustaría que fuésemos atraídos por la estrella y ardiésemos en ella…

—Es casi seguro —respondió Gail, que había observado que los tripulantes del gigantesco disco volante habían hecho otro tanto.

Los del disco volante parecían aprestarse a presentar batalla de nuevo una vez rebasado aquella especie de gigantesco sol, para evitar el riesgo de ser desviados hacia él en el ardor de la lucha.

La atractiva Gail, que se iba sintiendo más segura de sí, dijo, tras observar atentamente las maniobras de sus enemigos:

—Parece que pretenden lanzarnos contra ese sol.

—No es mala idea para ellos. Pero no lo van a conseguir.

—¿Por qué no lo intentamos nosotros con ellos?

—Porque fracasaríamos asimismo y correríamos un riesgo inútil. Por otra parte, no olvide que tal vez el coronel Adams va en ese disco…

—Es cierto. Por un momento lo había olvidado.

Una vez más los del disco volante maniobraron hábilmente.

Curtis contramaniobró, y aprovechó la acción para lanzarles dos nuevas series de desintegradores.

Los de la aeronave espacial enemiga no resultaron sorprendidos en aquella ocasión, aunque para ello hubieron de forzar la maniobra.

—Nada —dijo Gail, escuetamente.

—Han aprendido bastante. Y han sido hábiles.

Los del platillo volante habían forzado la marcha.

Y aquello evidenció que las cosas no les iban bien.

Curtis, sin olvidar las más elementales precauciones, siguió a sus enemigos, aumentando la velocidad para acortar de nuevo distancias, mostrándose implacable en la persecución.

Y si los del platillo habían logrado salir de las pantallas del cohete, volvieron a estar reflejados en ellas, permitiendo al joven capitán un nuevo estudio de la situación.

—Les ganamos distancia con cierta facilidad. Ha debido sucederles algo anormal —señaló Gail.

—Tal vez una avería. A pesar de la capacidad de maniobra de esos aparatos gracias a sus sistemas de giróscopos, la última acción que han realizado para esquivar nuestros rayos destructores, ha sido demasiado violenta.

—Sí, he presentido que les sucedía algo así.

Seguía la persecución, tratando Curtis con su forma de actuar, el desmoralizarles.

El sol que servía de centro al sistema planetario, había sido ampliamente rebasado.

Y Gail, siempre atenta, anunció:

—Inician una nueva maniobra...

—¡Cuidado, ahora! —advirtió Curtis.

—Ondas de protección en funciones —correspondió Gail.

Los del disco volante, tras realizar su maniobra, se lanzaron al ataque de frente contra el avión-cohete pilotado por los dos terrestres, imprimiendo a su ataque frontal el máximo de velocidad.

—Lo que usted dijo, señor. La fiera herida, acorralada, ataca de manera suicida.

—Preparados —fue la tranquila respuesta del capitán.

El joven, que parecía dispuesto a resistir la embestida, emitió dos series de rayos desintegradores con el intervalo de tiempo estudiado para que resultasen eficaces.

E inmediatamente maniobró para salirse de la línea de acción de sus enemigos, a los cuales sorprendió, lanzándose hacia un plano inferior cuando ellos les salían al encuentro con sus rayos por un plano muy superior.

De nuevo, y con mayor intensidad, acusaron los del disco volante la acción de los rayos desintegradores.

Y realizaron sus emisiones de rayos contra el vacío, al quedar la aeronave descompensada en su estabilidad por la acción de los rayos y también por la sorprendente maniobra de Curtis, que trataron de seguir.

El joven capitán terrestre volvió a atacar, eligiendo la parte que consideró más vulnerable del disco volante, al cual sometió a una nueva doble descarga.

La aeronave desconocida volvió a perder su estabilidad, aunque se rehízo prontamente.

Y sus tripulantes parecieron decidirse por la huida, que emprendieron de nuevo forzando al máximo la velocidad que se podían permitir tras sufrir la última acción ofensiva de los terrestres.

—Huyen… —anunció Gail.

—Hay que acosarlos para que se detengan cuanto antes —señaló Curtis.

—¿No podríamos obligarlos a virar para llevarlos a nuestra U-2?

—La U-2 no reúne condiciones para acogerlos. Por otra parte, tal vez no estén en condiciones de llegar tan lejos. Observe…

—¡Es cierto! El coronel Adams debe sentirse orgullosa de nuestra eficacia.

—Eso ya nos lo dirá cuando pueda, si es que va ahí —dijo Curtis, un poco en broma.

—Presiento que va ahí —dijo Gail.

Curtis hizo acelerar el cohete, mostrando un desmoralizador desprecio por sus enemigos.

Y dijo a su copiloto:

—Trate de ponerse en contacto con esa gente. Y que se rindan.

—¿Cree que lo entenderán?

—Deben entendernos… En el peor de los casos, consultarán con sus prisioneros, si es que van ahí…

—Intentaré comunicar.

Curtis, para apoyar sus órdenes de rendición, lanzó otra doble emisión de rayos.

A continuación, hizo Gail la comunicación para que se rindiesen.

No obtuvo respuesta y la repitió en lenguaje normal primero y dos veces más en clave.

Los del disco volante necesitaron el estímulo de una nueva emisión de rayos, que les afectó seriamente.

Y la respuesta fue:

—No nos rendiremos jamás.

—Claro que se rendirán —dijo Curtis.

Volvió a atacar.

Y del disco volante comunicaron:

«Si no nos dejan ir, sacrificaremos a sus dos prisioneros.»

La respuesta que dio Curtis a Gail para que la trasmitiera, no dejaba lugar a dudas:

—Y si los dejamos ir, los sacrificarán también. Ríndanse o los terminamos, con prisioneros o sin ellos.

Siguió un lapso de tenso silencio por parte de los del platillo,

los cuales comenzaron a derivar hacia un cuerpo que comenzaba a hacerse visible y que, según anunció Gail a su jefe, podía ser un planeta.

CAPÍTULO IV

Curtis, tras observar los movimientos del disco volante con relación al cuerpo que había aparecido en la pantalla, dijo:

—Tiene todas las características de ser un planeta.

Realizó algunas mediciones que confirmaron la idea, expresada en primer lugar por Gail y prosiguió diciendo :

—Y parece que nuestros enemigos se dirigen hacia él.

—Pienso que no tienen otra posibilidad. Su forma de desplazarse ha perdido la seguridad que tenía anteriormente.

—Lo cual significa que es ahí en donde tenemos algunas posibilidades de recuperar al coronel Adams y al segundo teniente Butler.

—¿Con vida? Su última respuesta no dejaba lugar a dudas.

—Trataremos la cosa con el máximo de diplomacia.

Y como cometan una barbaridad, lo sentiré por los datos de interés científico que pudiesen aportar, porque los eliminaré.

En aquella ocasión había en Curtis algo de salvaje, pero que, sin embargo, reconfortó a Gail.

Curtis hizo forzar la marcha de su aparato para interponerse entre el planeta y el disco volante.

Pero los tripulantes de éste dieron la sensación de que habían sido capaces de reparar, sobre la marcha, la última avería sufrida y aumentaron a su vez la velocidad de avance en dirección al planeta.

—Han intuido nuestra idea.

—Una de ellas, sí... Pero no la otra.

Imprimió el joven capitán a su aeronave una mayor velocidad a la vez que maniobraba una vez más.

Y volvió a sorprender a los del disco volante con dos dobles

descargas de rayos destructores que los afectaron visiblemente.

—Por favor, hágales una nueva conminación. Que se dirijan al planeta inmediatamente. Y que no intenten tocar a sus prisioneros si pretenden seguir respirando.

Gail, que había examinado las reservas del aparato productor de las ondas protectoras, lo habían paralizado para que se autocargase y aumentase tales reservas.

Pero ante la tesitura en que se colocaban, volvió a dar protección de ondas al cohete espacial.

Y antes de lanzar la conminación que Curtis le había ordenado, dijo a su jefe:

—Nuestras reservas de rayos desintegradores han bajado en un treinta por ciento.

—Lo tendré en cuenta para administrarlos con mesura. Y dejaremos que las baterías se recarguen.

Dio Gail la conminación inmediatamente.

Y los del disco volador dieron la sensación de que estaban impresionados por la última descarga que habían sufrido. La respuesta, pues, no tardó en llegar, respuesta que Gail tradujo a Curtis:

—Dicen que, por el momento, respetan y respetarán a sus prisioneros. Que se posarán sobre el planeta que tenemos a la vista. Y que habrá ocasión para negociar.

—Bien. Eso es comenzar a ponerse en razón.

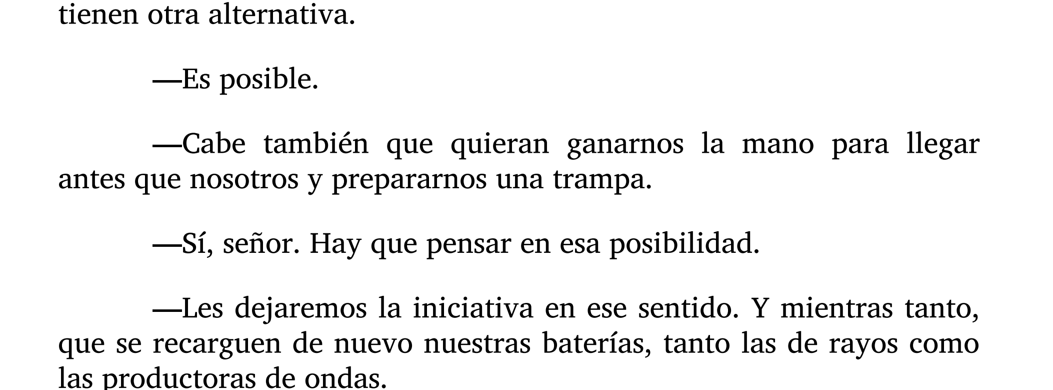
Curtis se situó de forma que mantenía su dominio sobre sus enemigos, cuyo avance volvía a ser vacilante.

Sin embargo, no por ello el joven capitán se confió, temiendo siempre alguna treta de los extraños seres con los que se tenía que enfrentar.

Gail anunció:

—Deben conocer ese planeta hacia el que nos dirigimos. Se lanzan, de manera decidida, en dirección a él.

—Pienso que, después del último golpe que han sufrido, no



tienen otra alternativa.

—Es posible.

—Cabe también que quieran ganarnos la mano para llegar antes que nosotros y prepararnos una trampa.

—Sí, señor. Hay que pensar en esa posibilidad.

—Les dejaremos la iniciativa en ese sentido. Y mientras tanto, que se recarguen de nuevo nuestras baterías, tanto las de rayos como las productoras de ondas.

Surgió la pregunta imprevista para Curtis:

—¿Estuvo usted enamorado de mi tía, capitán?

A pesar de ello, Curtis respondió sin vacilar:

—Su físico me atraía. Pero su carácter me volvía a mi sitio...

—Un peligroso juego...

—No demasiado. Además, se resolvió por sí solo. Trató de imponerse como jefe, sin razón alguna, y me hizo saltar a la U-2.

—Un buen salto, ¡diablos!

—Semejante al suyo, ¿no?

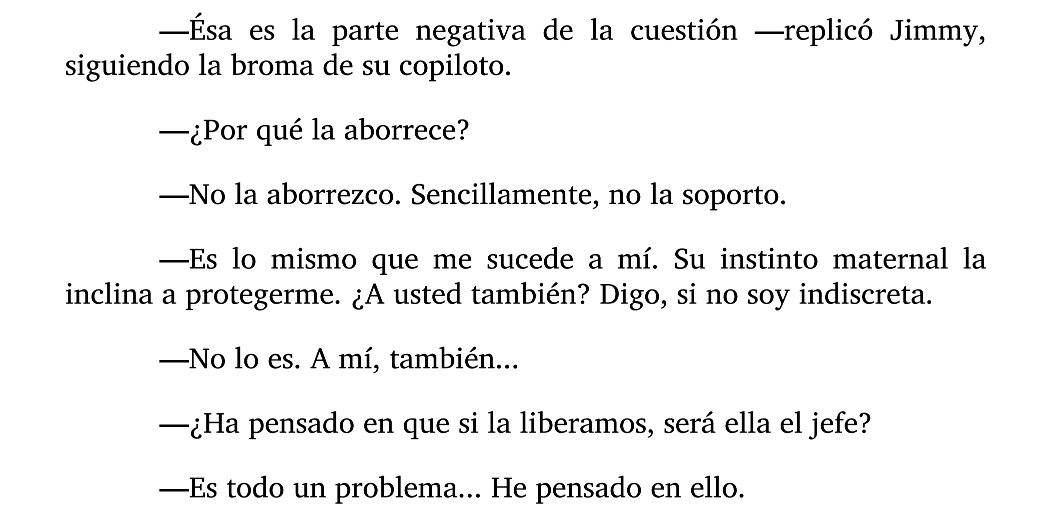
—Exactamente.

Guardaron silencio para volcar toda su atención en las maniobras del disco volante y en toda la gama de información que les llegaba a bordo por medio de los sensibles aparatos que registraron la densidad y composición de la capa atmosférica en que habían penetrado.

Se iban acumulando los datos de medición del espesor de la capa atmosférica en que se hallaban. Y de la distancia a que se encontraban del planeta.

—Es tan semejante a la de nuestra Tierra que, de no saber que estamos en otro sistema planetario, llegaría a pensar que nos acercamos a casa.

—¿Incluida mi tía Nancy?



—Ésa es la parte negativa de la cuestión —replicó Jimmy, siguiendo la broma de su copiloto.

—¿Por qué la aborrece?

—No la aborrezco. Sencillamente, no la soporto.

—Es lo mismo que me sucede a mí. Su instinto maternal la inclina a protegerme. ¿A usted también? Digo, si no soy indiscreta.

—No lo es. A mí, también...

—¿Ha pensado en que si la liberamos, será ella el jefe?

—Es todo un problema... He pensado en ello.

—Mi idea es que prefiero tenerla por enemiga que por amiga.

—Y la mía también.

—Sin embargo, llevo conmigo una fotografía de ella, dedicada y todo —dijo Gail en tonillo malicioso.

—Sí, la única que se ha hecho en la vida. Está de espaldas y tal como su madre la echó al mundo, aunque bastante más desarrollada...

Rieron los dos jóvenes. Y Gail comentó al cabo:

—Un buen cebo, ¿no cree?

—Una mujer es algo más que una espalda bonita —replicó Curtis, seriamente.

Hubieron de dejar la conversación para prestar de nuevo el máximo de atención a las maniobras pertinentes.

Y también a las acciones de los que ocupaban la aeronave enemiga, los cuales se iban acercando a la superficie del planeta, como quien está seguro de lo que va a encontrar en ella.

Habían rebasado dos capas atmosféricas.

Y los datos que llegaron a bordo hicieron que Curtis anunciara:

—Parece que es habitable.

—Pero ¿está habitado?

—No lo sé…

—¿Serán ellos los habitantes de este planeta y nos atraen…?

—No creo. Han entrado en el área del planeta porque no han tenido más remedio.

—Cierto…

Jimmy, que estudiaba todos los datos que le iban proporcionando los aparatos de a bordo, dijo:

—No se capta emisión alguna de los posibles habitantes de este planeta.

—No tenemos ni idea sobre en qué etapa de la civilización pueden estar —adujo Gail.

—Eso, en el caso de que existan habitantes y con ellos alguna civilización coincidente con las primeras etapas de la nuestra.

Siguió un lapso de silencio entre los dos jóvenes, los cuales proseguían sus observaciones con respecto al planeta.

Y también con referencia al disco volante, el cual daba la sensación de que poseía las fuerzas justas para llegar a posarse sobre la corteza del planeta.

Gail rió de pronto.

—¿Qué le sucede? —preguntó Curtis intrigado.

—Pienso en mi tía. Tal vez con su genio ha logrado imponerse a sus aprehensores.

Jimmy rió ante tal idea, imaginando una escena que pudiese corresponder a ella.

—Ellos han estado ya aquí… —dijo Gail con absoluto convencimiento.

—Es la misma impresión que he recibido yo. Actúan como si estuviesen en su casa.

—Lo cual puede significar que, de haber seres vivos que merezcan la condición de humanos, deben estar en los principios de su civilización hasta el punto de dejarse dominar por unos extraños.

—Bien observado…

Vieron los dos jóvenes como, al fin, el disco volador entraba en contacto con la superficie del planeta.

—Parece una vasta llanura natural —observó Curtis.

Estaba ya el cohete de la Tierra a una altura que permitía la observación directa.

Y Curtis señaló:

—No lejos de donde ellos se han posado, se observa algo, como si fuesen las ruinas de una ciudad.

—Cierto… Y resulta desconcertante. Algo que no habría imaginado cuando nos acercábamos.

—Ruinas de una ciudad, significan un estado de civilización bastante avanzado.

—Pero son ruinas, simplemente ruinas…

La aeronave, automáticamente, había adaptado sus disposiciones de vuelo y maniobra a las condiciones en que se desenvolvía, en una atmósfera en todo semejante a la de la Tierra, según se había podido comprobar y los jóvenes, al avanzar en sentido paralelo a la superficie del planeta, no confiaron ya solamente en su observación visual, sino que pusieron en funcionamiento las máquinas fotográficas, tanto de filmes, como de instantáneas.

—Sorprendente —dijo Curtis.

—¿Qué le sorprende?

—Bosques poblados.

—Y vegetación abundante. Pero ni una sola parcela de terreno cultivado por la mano del hombre, las manos que han sido capaces de construir ciudades…

—Ya lo he notado. Pero aún nos queda por ver. ¿Quién sabe?

Tras un lapso de silencio prosiguió diciendo el joven:

—¡Mares, lagos, ríos… Y grandes peces. Tal vez también los hayan menos grandes, pero los que distingo tienen como mínimo un

par de metros.

—Sí, algo así he observado también yo.

—Pájaros... Y grandes aves, incluso algunas que no vuelan.

—Como en la Tierra. Y animales en libertad. Yo diría que totalmente salvajes.

—Exactamente. Sin embargo, no he descubierto una sola casa de campo, un solo animal doméstico. Ni un solo ser que tenga semejanza con el hombre...

—Sin embargo, hay viejas y abandonadas ciudades...

—Y restos de caminos desbordados en muchas partes por el crecimiento incontrolado de la vegetación.

—Sí. Caminos que han sufrido asimismo la acción de los elementos desencadenados; y que no han sido reparados porque...

—Sencillamente, porque no hay seres humanos.

—Exactamente. ¿Y esos canales? En las mismas condiciones de los caminos, aunque siguen conduciendo agua.

—Un verdadero enigma...

—Un enigma digno de ser desentrañado...

El avión cohete había dado ya casi una vuelta al planeta por uno de los paralelos del hemisferio Norte, a unos veinte grados del Ecuador.

Habían visto suficiente como para poder formular unas hipótesis de lo que les podía esperar abajo.

—Más de un científico terrestre quisiera estar ahora en nuestro pellejo —dijo Gail.

—Sobre todo, en el suyo.

—¿Por qué en el mío?

—Porque tiene una envoltura muy mona.

Lo dijo en tono de humor, provocando la risa de la atractiva

compañera de aventura.

Se acercaban de nuevo al lugar en donde había tomado contacto con el planeta el disco volante, el cual, posado en el suelo, les pareció mucho mayor, gigantesco casi.

—Es una verdadera aeronave —señaló Gail.

Sorprendió bastante a los dos jóvenes no ver a nadie en torno al aparato volador.

Y Gail, precavida siempre, anunció:

—Ondas protectoras.

Había percibido algo extraño a unas cinco o seis millas del lugar en donde la aeronave enemiga se hallaba.

Era algo a tener en cuenta.

Se produjeron en el suelo dos descargas que, debido a la atmósfera, buena trasmisora del sonido, resultaron atronadoras.

CAPÍTULO V

El cohete en que viajaban los jóvenes terrestres, experimentó una fuerte sacudida.

Se produjo una alarma a bordo, alarma que señalaba una avería.

El aparato había resultado afectado por la fuerza expansiva de las explosiones, a pesar de las ondas de protección.

Jímmy, atento a una posible acción de sus enemigos, había descubierto a éstos a pesar de su camuflaje entre la vegetación.

Y les dedicó dos series de emisiones de rayos desintegradores.

Se produjeron sendas explosiones.

Y en el lugar desde donde se había llevado a cabo el ataque contra los terrestres, se produjo una cegadora llamarada.

Y tanto la vegetación, como los seres vivos y el arma o armas con que habían llevado a cabo la agresión, quedaron desintegrados, reducidos a la nada.

—Esos no nos volverán a fastidiar —comentó Curtis.

Hizo que el aparato se elevara para volver sobre sí mismo tras la maniobra.

Y pudo apreciar que tenían dificultades para continuar, tal como se habían propuesto, en otra vuelta de exploración.

—Tendremos que tomar contacto con el suelo…

—Y quedarnos en él por el momento —bromeó Gail.

—Parece que no le ha afectado el accidente grandemente.

—Hay que aprender a perder y a ganar, a todo… ¿Tiene preferencia por algún lugar, capitán? —preguntó la joven.

—Ahora se lo diré.

Volvió a realizar una maniobra para volar en círculo, un amplio círculo que fue estrechando por encima del lugar en donde se había posado el disco volante.

—¿Alguna observación de interés? —preguntó Curtis a su copiloto.

—Visual, ninguna. Parece que no haya vida en el disco volante ni en torno a el.

—Yo tampoco he visto nada de particular. ¿Cómo han podido producir ese ataque?

—Han debido descargar algunos de los emisores de rayos, mientras nosotros dábamos la vuelta al planeta.

—No es tarea fácil.

—Ellos deben ser bastantes más que nosotros. Esa aeronave puede albergar a mucha gente.

Curtis, tras explorar detenidamente lo que tenían a la vista, señaló hacia una llanura a uno de cuyos extremos, cubriendo parte de la falda de una colina, se hallaban las ruinas de una de aquellas misteriosas ciudades que tanto asombro les habían causado.

—Aquella llanura puede ser un buen lugar…

—Me parece magnífico.

—¿Cómo estamos de reservas?

—Si se refiere a la energía que se necesita para reemprender el vuelo, debo significarle que no tendremos problemas.

—Magnífico. ¿Rayos?

—Si no se siente muy belicoso, podremos dar más de un susto a nuestros enemigos.

—No me siento belicoso. Estoy enfadado contra ésos… Prefiero no darles el calificativo que merecen…

—Es la guerra, señor.

—Había tregua, ¿no?

—Cierto...

La joven Gail centró su atención en la maniobra de aterrizaje, la cual llevó a cabo con gran maestría, deteniendo la aeronave justo en el lugar en que Curtis le había señalado.

El joven capitán, cuando comprobó la exactitud de la maniobra, dijo jovialmente:

—Le felicito. Merece usted sobresaliente.

—De no ser así, no creo que se hubiesen atrevido a enviarme a la U-2, sabiendo cuál debía ser mi destino y lo exigente que es usted, señor.

—Se manifestó Gail en tono humorístico, haciendo reír alegremente a Curtis, el cual, tras examinar de nuevo los datos recogidos con referencia a la atmósfera del planeta en que se hallaban, dijo:

—Parece que podremos respirar ahí afuera tal como si estuviésemos en nuestra Tierra.

—Es lo que he colegido de los datos que están ofreciendo nuestros aparatos de observación.

Primero Curtis, luego Gail, se despojaron de las escafandras que se veían obligados a utilizar en el avión cohete, no por ligeras, menos molestas que otros modelos más antiguos.

Seguidamente, de manera semiautomática, se fueron abriendo las portezuelas del aparato para ir dando paso al aire natural del planeta, necesitados de habituarse a él de forma paulatina.

Los dos jóvenes, mientras se producía el cambio, se mantenían atentos a los sensibles aparatos de a bordo, por si se producía alguna alarma anunciando la presencia de sustancias que pudiesen resultarles tóxicas.

No hubo nada que resultase anormal para ellos.

Y finalmente entraron en contacto directo con la atmósfera del planeta, cuyo aire respiraron con avidez.

—Creo que respiro tan a gusto como no había respirado en mucho tiempo —anunció Jimmy.

—Algo semejante me sucede a mí. Y eso que yo falto de la Tierra bastante menos tiempo que usted.

—Mis últimos informes eran que allí el aire seguía terriblemente contaminado.

—Las cosas, en los últimos tiempos, han mejorado un poco. Están frenando a los tecnócratas y se está racionalizando la producción. Se centralizan las industrias y no se establece ninguna que no tenga todos los elementos depuradores necesarios, tanto para el aire como para el agua.

—¿Y las antiguas?

—Se suprimen sin compasión. Hay menos millonarios, pero más alegría.

—¡Vaya! Que se va a poder volver a vivir en la Tierra.

—Particularmente si a mi tía Nancy la destinan a la U-2.

—Lo malo será que usted no habrá cumplido el tiempo obligatorio de servicio.

—Solicitaré mi traslado...

El capitán Curtis había iniciado ya una serie de suaves ejercicios previos al descenso al suelo del planeta.

Gail, sin previa preparación, saltó ágilmente, siendo la primera en posar la planta en el planeta.

—Vamos, capitán. Se sentirá más en forma aquí abajo.

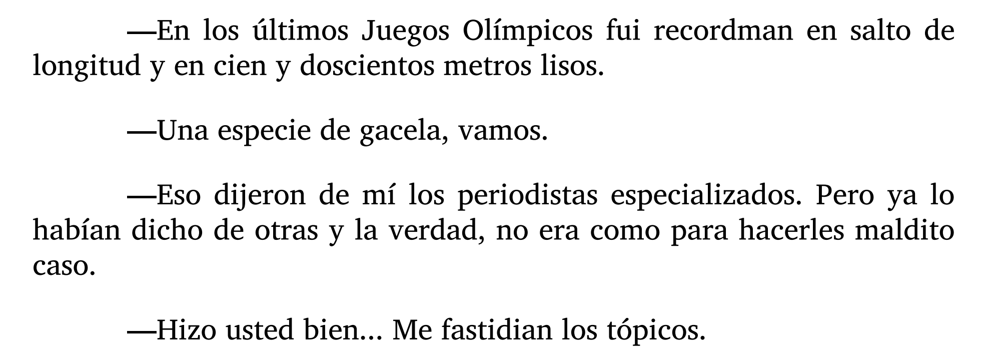
—Yo me siento muy en forma. Pero no hay duda que tengo algunos años más que usted.

—¡Pues sí! Ahora que le veo al natural, se le nota una cara de viejo que asusta... —bromeó la joven.

Jimmy saló al fin también.

—Parece que está usted muy bien de forma —dijo a Gail, dando a su frase un doble sentido.

Ella lo entendió perfectamente, pero hizo como si no. Y respondió:



—En los últimos Juegos Olímpicos fui recordman en salto de longitud y en cien y doscientos metros lisos.

—Una especie de gacela, vamos.

—Eso dijeron de mí los periodistas especializados. Pero ya lo habían dicho de otras y la verdad, no era como para hacerles maldito caso.

—Hizo usted bien... Me fastidian los tópicos.

—¿Por dónde comenzamos, capitán?

—Por conocer nuestras posibilidades...

—¿Se refiere a la posible avería?

—Así es.

—Echaré un vistazo si me lo permite...

—¿Tiene conocimientos y elementos suficientes como para conocer el alcance de la avería?

—Espero que sí. Mi instrucción ha sido bastante completa.

—Pues es una suerte... Por mi parte, pienso que la podré ayudar...

—Espero que no sea necesario. Prefiero que vigile.

—Ya lo he pensado...

La atractiva Gail comenzó a despojarse de la ropa que era necesaria en vuelo, pero que resultaba inútil y molesta para el trabajo que iba a emprender.

La temperatura era agradable y al quedar la joven en blusa, pantalón corto y con las piernas desnudas, calzando sus pies con finos y cómodos mocasines, Curtis hubo de contenerse para no silbar admirablemente.

La chica lo comprendió así y dijo con la mayor naturalidad :

—Es igual, capitán, puede silbar. No me voy a sonrojar por ello y en cambio, usted se va a sentir liberado.

—Gracias, pero ahora ya pasó…

Seguidamente dijo:

—Por otra parte, usted no me haría gran caso. Estará habituada a despertar la admiración de los chicos de su edad.

—Venga, capitán, no me trate como si fuese una niña. Eso quedó atrás.

—Bien, es usted toda una mujer. Mejor dicho…

—No se líe, capitán. Y piense que aquí todo es diferente. Es usted el único hombre sobre el planeta mientras no se demuestre lo contrario. En cuanto a la disciplina, no se preocupe por ella. No se relajará en absoluto.

—Eso me tranquiliza; pero si se relaja…

Había picardía en la expresión de Curtis.

Y Gail le respondió con no menos picardía:

—Cuidado, capitán. Recuerde que está ahí el coronel Nancy Adams. Que debe estar furiosa y que lo estará más cuando compruebe que hemos sido, precisamente, usted y yo, quienes la hemos liberado.

Jimmy bizcó. Y fingió que se desmayaba.

Ambos rieron a continuación, alegremente.

—Y ahora me va a perdonar, capitán. Voy a poner manos a la tarea.

—Adelante. Yo voy a ponerme cómodo también. Y a situar al alcance de nuestras manos algunas armas, aunque sean de tipo convencional.

Adoptó Curtis una forma de vestir semejante a la de Gail, aunque en varón.

Y alcanzó luego un par de pistolas ametralladoras y unos emisores de rayos destructores, cómodos en su manejo.

Cuando lo tuvo todo dispuesto preguntó a Gail, acercándose a donde ella trabajaba:

—¿Qué sucede ahí?

—Nada grave. Cuestión de unas horas. Se ha roto una pequeña pieza, pero podré hacer otra semejante.

—¿Dispone de los elementos necesarios?

—Me faltan algunas cosas, pero las supliré. Ya sabe usted que hace más quien quiere que quien puede.

—¿Necesita ayuda?

—No es necesaria, porque ni siquiera haría la reparación más breve.

—No confía en mí, vaya.

—Tengo absoluta confianza; pero prefiero que vigile…

—Sí… Habremos de ir pensando en un plan para liberar a los dos prisioneros.

—Dependemos un poco de cómo quede el cacharro éste…

—No había pensado en ello. Adelante en su trabajo. Yo iré a dar un vuelta por ahí.

—Es una buena idea. Podría encontrarse con alguna indígena y ligar con ella —bromeó Gail.

—No sea mala, jovencita. Y respete los años y la jerarquía.

—Perdón, señor. Había olvidado que es usted un viejo.

Volvieron a reír los dos jóvenes. Y no por inconsciencia. No ignoraban que estaban metidos en una aventura que les podría costar la vida; y lo que se podía considerar peor: Tal vez no pudiesen salir jamás de aquel desconocido y alejado planeta. Como también podían salir de él y quedar atrapados para siempre en el espacio infinito, convertidos en un pequeño satélite de cualquier mundo, deshabitado, sin vida…

Tomó Curtis uno de los emisores de mano de rayos desintegradores y una pistola ametralladora de tipo convencional.

Y dejó al alcance de la mano de Gail un juego de armas semejante, junto con un pequeño productor de alarma que funcionaba

automáticamente.

Cargó asimismo con unos potentes gemelos de campaña.

Y dijo, seriamente:

—No se descuide, teniente.

—Puede irse tranquilo, señor.

Curtis, en lugar de marchar directamente hacia el lugar en donde había quedado la aeronave enemiga, se desvió en dirección a la colina en cuya falda se asentaba una parte de la solitaria y semiderruida ciudad.

No le fue difícil al joven llegar hasta lo más alto de la colina, la cual, de base rocosa y tierra reseca, mostraba escasa vegetación.

La cima constituyó para Curtis un buen lugar de observación. Una vez en ella tomó los gemelos y los dirigió hacia el disco volante.

No se captaba movimiento alguno en torno a él.

—¿Es posible que no intenten salir? ¿O salieron todos en la anterior intentona y los he aniquilado?

No le gustó la idea, particularmente pensando en la suerte que podrían correr los dos prisioneros terrestres sino eran capaces, por fuera o por dentro, de abrir la gigantesca aeronave.

CAPÍTULO VI

Iba Curtis a iniciar un desplazamiento para descender de la colina por la otra cara y dirigirse a la aeronave enemiga, cuando percibió el sonido de alarma emitido por el pequeño aparato que había dejado cubriendo la posición de Gail en su arreglo de la aeronave.

Siguió al sonido un fuerte chasquido, como si se hubiese producido una descarga eléctrica; y la alarma dejó de actuar.

Curtis giró y se lanzó corriendo colina abajo en dirección al lugar en donde había quedado su avión-cohete.

Se dio cuenta a tiempo de que unos extraños seres se adelantaban a cerrarle el paso.

Y saltó ágilmente, dando una voltereta en el suelo, voltereta que le permitió evitar una descarga que hicieron contra él.

Fue entonces cuando el joven capitán vio por primera vez a sus enemigos del disco volante.

Captó sobre la marcha que ofrecían un gran interés por lo extraños, con relación a todo lo que había conocido.

Sin embargo, no podía vacilar un instante y tiró rápidamente contra ellos, empleando para su ataque la pistola ametralladora en lugar de los rayos desintegradores.

Tenía clara noción del riesgo que corría, pero no le importó.

Y a sus disparos, bien dirigidos, respondieron los extraños seres como habría podido responder cualquier terrestre.

Eran tres y, sin ocasión para repetir su agresión, fueron acusando los disparos con sendas crispaciones y sacudidas.

Y fueron cayendo uno tras otro, quedando inmóviles en el suelo, en trágicas posturas.

Corrió hasta ellos, los examinó y pudo apreciar

inmediatamente que estaban muertos.

Se trataba de seres que obedecían a las mismas o parecidas leyes que los hombres de la Tierra.

Pero no se podía detener en consideraciones y volvió a correr una vez adquirido el convencimiento de que no dejaba enemigos a sus espaldas.

Gail era quien, entonces, corría peligro, y no solamente Gail, sino la aeronave y con ella las posibilidades de volver algún día a la Tierra.

Llegó Curtis muy pronto a la vista del lugar en que se hallaba la aeronave terrestre.

Los atacantes eran aproximadamente una docena y tras destrozar el aparato que había dado la alarma, trataban de aislar a Gail del avión-cohete.

La joven se había parapetado entre una gruesa roca y el avión, y en el momento en que Curtis la descubrió, dirigía una descarga de rayos desintegradores a tres de sus atacantes que entraban por el frente con ánimo de distraerla.

Los tres extraños seres quedaron convertidos en nada.

Pero un proyector de llamas esgrimido por uno de aquellos seres, anuló el emisor de rayos, dejándolo fuera de servicio y a Gail punto menos que inerme.

Intentó ella hacer uso entonces de la pistola ametralladora, y tal arma corrió la misma suerte.

Avanzaron los que pretendían llegar al aparato, al comprobar que la resistencia por aquella parte estaba prácticamente vencida.

Pero entonces intervino Curtis, el cual empleó en aquella ocasión el aparato desintegrador, con el cual dejó convertidos en gas a otros tres de los extraños atacantes, los cuales flotaron en el espacio en forma de minúsculas nubecillas de tenue humo verdoso.

Seguidamente el joven, tratando de evitar el exterminio de todos, lanzó su conminación:

—¡Quietos, o los elimino!

Eran cinco los que conservaban la vida.

Y se apresuraron a obedecer a la conminación, arrojando sus armas y colocando las manos por encima de sus cabezas.

Fue entonces cuando los jóvenes se pudieron detener a examinar a sus enemigos.

Se trataba de unos seres de talla mediana, ágiles y fuertes, de movimientos vivos.

Tenían la parte anterior del cuerpo, así como la cabeza, de color amarillo vivo mientras que el dorso, brazos y piernas eran verdes con una piel coriácea, escamosa, pero no tan recia como para hacer rebotar los proyectiles.

Los extraños seres iban descalzos y sus vestidos eran sumarios, limitándose a cubrirse desde la cintura hasta la parte alta del muslo con una faldilla de mallas metálicas.

El pecho, de piel menos resistente que el dorso, lo cubrían con una coraza ligera, hecha de laminillas metálicas perfectamente articuladas, que debían ser sumamente resistentes y que les permitían sus ágiles movimientos.

Gail, tan pronto se había percatado de la eficaz acción de Curtis, en un alarde de reflejos y facultades-había saltado hacia la aeronave, a los mandos de la cual le sorprendió el final de la lucha.

Se dirigió a Curtis:

—¡Vaya! Han estado a punto de sorprendernos...

—Eso es para que volvamos a fiarnos de sus palabras. Dos trampas, cuando se había concertado una tregua. Habíamos quedado en negociar, ¿no?

—Exacto. Pero parece que tienen mala memoria. Y se les había olvidado.

Siguió un lapso de silencio.

Curtis dijo al fin:

—Me están dando ganas de terminar con ellos. No me asusta la lucha, pero los traidores me dan asco...

—Y a mí —correspondió Gail.

Ambos jóvenes terrestres, por las expresiones de las miradas, de los rostros de sus extraños enemigos, llegaron al convencimiento de que ellos les entendían perfectamente.

El que hacía de jefe señaló un gesto de desdén en el rostro y dijo, hablando con cierta dificultad, pero en el mismo idioma que habían empleado los jóvenes:

—No nos importa morir... Y no somos traidores...

—¡Vaya! No son traidores. ¿Entonces qué sois?

—Luchamos, mientras se conservan posibilidades de triunfar.

Ni Gail ni Curtis respondieron.

Y el hombre amarillo prosiguió diciendo:

—Hemos estado a punto de venceros, de apoderarnos de vuestra aeronave.

—¿Y de qué os iba a servir nuestra aeronave? No tenéis idea de su manejo...

—Tenemos más ideas sobre vuestras cosas de lo que podéis imaginar.

—¿Quieres decir que nos espiáis desde hace bastante tiempo?

—Aunque mal, algunos de nosotros hablamos vuestro propio idioma. ¿No quiere decir eso algo?

—Algo, sí, pero no mucho. Con nuestro idioma no seríais capaces de manejar nuestra aeronave-cohete. Y en ella no llevamos instrucciones de cómo se debe hacer para poder volar —dijo Curtis, en tono burlón.

Intentaba el joven provocar a su enemigo para ir teniendo una idea lo más clara posible de lo que podían saber y de lo que ignoraban con referencia al espionaje que habían hecho y que debía durar años.

—No lleváis instrucciones de vuelo, pero nosotros tenemos aeronaves interplanetarias.

—Son sistemas totalmente diferentes. Lo vuestro resulta

anticuado —objetó Curtis.

—Tan anticuado, que vosotros no poseéis nada semejante —intentó burlarse el hombre amarillo.

—Ese sistema de giróscopos lo empleamos hace ya muchos años, en navegación. No hemos querido aplicarlo a los vuelos espaciales porque es más vulnerable a las averías. Y se necesita más energía para sus desplazamientos.

Curtis solamente tenía unas ideas teóricas sobre la cuestión. Pero dio la cosa como algo realizado y desechado, tratando de arrancar el máximo de datos a su enemigo.

El hombre amarillo, en cuyo rostro aparecieron unas manchas marrones, dio la impresión de sentirse contrariado.

Y dijo:

—Palabras y más palabras. En la Tierra habláis mucho.

—Esa aeronave, superior a la vuestra, a la cual ha vencido, es una realidad. No son palabras...

El extraño ser pareció molesto cuando replicó acremente, como queriendo hacer enfadar a Curtis:

—Nosotros hemos vencido a vuestra otra aeronave.

Y era superior a ésa, no lo niegues. Y el piloto tenía más categoría que tú.

—Te lo habrá dicho por presumir —respondió Curtis.

Fue lo primero que se le ocurrió, y estuvo a punto de provocar la hilaridad de Gail que permanecía silenciosa, observando a los extraños seres.

Y cuidando también de que no intentasen alguna jugarreta que les pudiese poner a ellos en peligro.

—Yo sé que es superior a ti...

—Como quieras... Y ya que hemos hablado de los prisioneros...

—Estoy dispuesto a negociar con referencia a ellos —se apresuró a decir el hombre amarillo.

—¡Vaya! Estás dispuesto a negociar... ¿Ignoras que os tengo en mis manos? ¿Que os puedo aplastar con uno de mis pies? —dijo Curtis tratando de imponerse, de ganarles la moral, que en los hombres amarillos no podía ser muy alta después de su derrota.

El jefe de los amarillos dijo, enfáticamente:

—Si nosotros morimos, ellos morirán también.

—¿Y qué? En la Tierra les han dado ya por muertos...

—Te enviaron a rescatarlos.

—Me enviaron a destrozaros y lo he conseguido. Tenía que daros una lección, para que supieseis que a los hombres de la Tierra no se les puede hacer daño impunemente.

—Palabras... Hablas demasiado...

Curtis tenía que probar su fuerza y, también, hasta qué punto el dolor físico podía influir en aquellos extraños seres.

Y atacó de pronto, con fulgurante rapidez, asestando al jefe amarillo un fuerte golpe con el canto de su mano derecha en la parte media de la nariz.

El extraño ser cayó de rodillas y comenzó a sangrar abundantemente mientras que en la amarilla piel de su rostro aparecían de nuevo las manchas de color marrón.

Intentó saltar el jefe amarillo para lanzarse contra James, pero volvió a caer de rodillas.

Los otros cuatro individuos iniciaron, asimismo, un movimiento de ataque, pero les detuvo ver el movimiento que hacía Gail volviendo a encañonarlos con un arma.

—Quietos —pidió la joven sin alterarse, sin mostrar la mínima emoción.

—¿Te puedo aplastar con uno de mis pies, o no? ¿O piensas aún que sólo son palabras?

—Te has comportado como un traidor... Eres un traidor. Por eso has podido hacer una cosa así —acusó el del disco volador.

Gail, que lo observaba atentamente, tanto a él como a los otros

cuatro, dijo a Curtis:

—Están intentando ganar tiempo. Tal vez han logrado comunicar con alguna de sus aeronaves y están esperando ayuda.

La expresión del jefe amarillo le traicionó.

Y Curtis adquirió la convicción de que Gail había acertado.

CAPÍTULO VII

Curtis no sabía en qué punto estaba la reparación que Gail había iniciado.

Pero no podía mostrar su ignorancia ante sus enemigos y mucho menos debía dejar ver delante de ellos que habían sido afectados por el ataque sufrido desde el suelo.

Y se dirigió a ella, para ordenarle:

—Ahora cuando me los haya llevado hacia su aeronave, situará usted nuestro cohete frente al disco volante ése. De una manera o de otra abriremos esa lata de sardinas. O la convertiremos en humo. ¿Está claro?

—Completamente claro, señor.

Gail, comprendiendo la idea de Curtis, puso en funcionamiento los motores del avión cohete.

Podía alzar perfectamente el vuelo, pero, ni era necesario, ni le convenía.

Y comenzó a maniobrar haciendo que la aeronave se desplazase por el suelo.

—¿Los aplasto, señor? —preguntó.

—Es pronto aún. Por otra parte, las balas les harán más daño. He comprobado ya, que son vulnerables a ellas. Y contra éstos no tiraría a matar.

—Comprendo, señor.

La mirada del jefe amarillo reflejó vivo terror.

Lo cual hizo comprender a Curtis que conocían perfectamente los daños que podía causarles, con las balas de su pistola ametralladora.

Curtis ordenó al jefe amarillo:

—Ponte de pie, reúnete con los tuyos y, en marcha, delante de

mí. No quisiera tener que enfadarme.

El extraño ser no quería mostrarse dócil ante sus acompañantes, y fingió no entender la orden.

James hizo fuego. Una corta ráfaga. Dos de cuyas balas, después de rebotar en el suelo produjeron leves heridas en el hombro amarillo que saltó como si le hubiese picado una serpiente.

Y se apresuró a reunirse con los otros cuatro.

Volvió a disparar Curtis para que también alguno de los otros sintieran algo de los efectos que les podían causar los proyectiles.

Saltaron dos de los extraños seres al sentir el molesto roce de las balas.

Y comenzaron a desplazarse con rapidez, tal como Curtis les había ordenado.

El joven terrestre se había dado cuenta de que, al fin, había quebrado totalmente la moral de aquellos individuos y no quiso dejarles ocasión para que se recobrasen.

—¡Vamos, más vivo! Ya tendréis tiempo para dormir, si os meto en el cuerpo alguna de estas preciosas pildoritas.

Sin llegar a correr, los cinco tripulantes del disco volante caminaron al máximo de sus posibilidades, haciendo forzar la marcha a Curtis a pesar de que se desplazaba a grandes zancadas.

El joven terrestre se dio cuenta de que Gail no tenía dificultad alguna en llevar a cabo la maniobra que le había ordenado realizar.

Y volvió a conminar a los cinco amarillos, como los nombraba mentalmente.

Cerca ya del disco volante, les dio orden de que se detuviesen.

Y preguntó al jefe:

—¿Quedan algunos más de los tuyos, ahí adentro?

—Adivínalo… —dijo, en tono desafiante.

A pesar de que el fulano estaba preparado para el castigo, no pudo evitarlo.

Y volvió a sentirse proyectado contra el suelo por un golpe semejante al que había recibido anteriormente.

Pero en aquella ocasión cayó al suelo cuan largo era y le costó no poco trabajo lograr ponerse de rodillas cuando Curtis se lo ordenó.

—Espero que, en lo sucesivo, nos entendamos sin necesidad de violencias. La que pueda venir después te va a resultar bastante más molesta que las sufridas hasta ahora.

En la expresión del joven terrestre había un fondo de ironía que el jefe amarillo captó perfectamente.

—Responde —exigió Curtis.

Al hacerlo encañonó al vapuleado individuo, el cual respondió:

—Ahí adentro no quedan más que los dos prisioneros.

—Que vayan dos de ésos y que los liberen. Quiero verlos rápidamente a mi lado.

—Debo ir yo personalmente… —dijo el jefe amarillo.

—Haz lo que ordeno. Tú quedarás aquí, a mi lado. Ya no te queda más posibilidad que obedecer o morir.

El individuo dio órdenes a dos de los amarillos en un extraño idioma que, según los conocimientos lingüísticos de Curtis, bastante amplios, no tenía semejanza con ninguno de la Tierra.

Gail había maniobrado ya hasta situarse en donde Curtis le había señalado.

La joven se dirigió a Curtis por medio de un altavoz:

—Estoy dispuesta para destrozarlos apenas haga usted la señal, señor.

Curtis hizo un ademán de asentimiento.

—Dispuesta, asimismo, para despegar… Y se hallan en funcionamiento todos nuestros medios de detección, por si se acercase algún enemigo, detectarlo con tiempo.

El joven capitán volvió a asentir.

Después de ello volvió a instar a los dos amarillos para que cumpliesen lo que les había ordenado.

Los dos individuos, cuando llegaron cerca de la aeronave, se detuvieron.

Y uno de ellos manipuló una especie de ordenador de tipo electrónico que llevaba sujeto a una de sus muñecas y que tenía la apariencia de un simple reloj.

En el suelo de la aeronave, de forma lenta, se fue abriendo una escotilla en la que a poco hizo su aparición una escalerilla que comenzó a descender también lentamente.

Antes de que los dos amarillos pudiesen moverse en dirección a ellas para subir a la aeronave, Curtis les ordenó:

—¡Quietos ahí!

Parecieron no entender.

Y Curtis les dedicó una corta ráfaga de proyectiles que rebotaron en el suelo, tan cerca de sus pies, que los individuos se detuvieron, prácticamente, en seco.

—Tú y tu gente me estáis cansando ya un poco. No soy sanguinario, pero me estáis forzando a liquidaros.

Seguidamente se dirigió al jefe amarillo.

—Vamos. Y vosotros dos también.

Llegaron hasta donde había obligado a detenerse a los otros dos.

Una vez en el lugar, Curtis alzó la voz. Y preguntó:

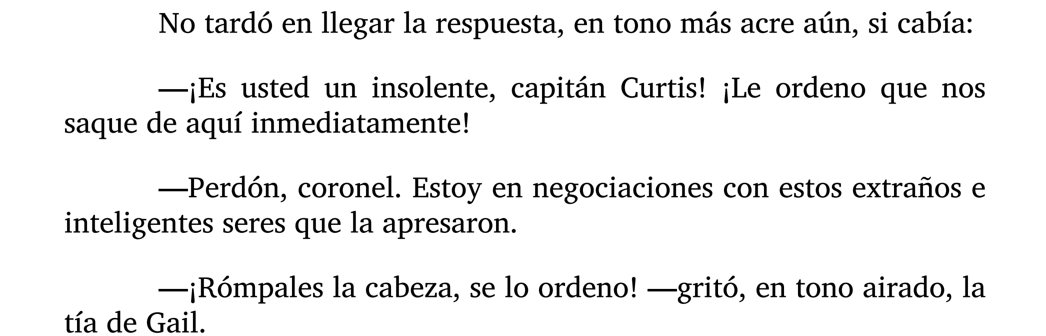
—¿Me puede oír, coronel Adams?

No tardó en llegar la respuesta, dada en tono acre:

—Le puedo oír perfectamente. Aún no me he quedado sorda.

—Es de suponer, porque, de lo contrario, no habría ascendido. Pero le podían haber taponado los oídos.

Y no solamente los oídos.



No tardó en llegar la respuesta, en tono más acre aún, si cabía:

—¡Es usted un insolente, capitán Curtis! ¡Le ordeno que nos saque de aquí inmediatamente!

—Perdón, coronel. Estoy en negociaciones con estos extraños e inteligentes seres que la apresaron.

—¡Rómpales la cabeza, se lo ordeno! —gritó, en tono airado, la tía de Gail.

Gail, que podía escuchar el diálogo entre su jefe inmediato superior y su tía, habría reído a no ser por lo delicado de la situación que atravesaban, ya que, de un momento, a otro podía acudir contra ellos un enemigo muy superior.

Máxime, si se tenía en cuenta que no había podido llevar a cabo su tarea de reparar el cohete.

—Piense, coronel, que tal vez no pueda cumplir esa orden última. Cabe que yo también sea prisionero… Y bastante haré, si logro su libertad a cambio de algo sustancial…

En aquella ocasión tardó en llegar la respuesta del coronel Adams, respuesta que, en realidad, fue una pregunta.

—¿Qué puede ser eso sustancial?

—Es lo que estoy tratando de saber, coronel. ¿O debo llamarle señor?

—Prefiero no responder a su pregunta. Y termine cuanto antes. Esta situación no tardará en hacerse insostenible.

—¿Por qué, coronel?

—Pueden llegarles refuerzos. ¿O no?

—En algo así he pensado.

Seguidamente se dirigió Curtis al jefe amarillo, al cual dijo:

—No voy a tener más remedio que machacaros. Os destrozaré algunos huesos para que podáis vivir algunos años recordándome…

El jefe amarillo se apresuró a decir, en tono en que había un fondo de súplica:

—Tardarán en llegar aún, tal vez algo más de un día terrestre...

—¡Vaya! Eso es algo.

Seguidamente volvió a preguntar:

—¿Quedan ahí alguno de estos amarillos, coronel?

—No queda ninguno. Además, ellos desmontaron los grandes desintegradores...

—Algo de eso me había figurado —respondió Curtis en tono humorístico.

En aquella ocasión Nancy Adams temió que podía hacer explosión si respondía a Curtis como habría sido su gusto.

Y prefirió permanecer en silencio.

Jimmy se dirigió a Gail, diciendo en voz alta:

—¡Segundo teniente Adams!

—A la orden, señor.

—Le ruego que venga. Sí, abandone su puesto.

Gail, antes de abandonar su puesto, dejó los dispositivos de alarma en disposición de que actuasen apenas se vislumbrase algún enemigo en los medios de detección.

Y descendió del aparato llevando con ella un lanzallamas manejable.

Suponía que si Curtis le ordenaba reunirse con él era porque, de momento, no había peligro próximo.

A pesar de lo cual había tomado las lógicas precauciones.

Una vez la atractiva chica llegó junto a su jefe, dijo:

—Espero sus órdenes, señor.

—Haga el favor de subir a la aeronave enemiga y liberte al coronel Adams y al segundo teniente Butler. No le he oído una sola palabra, pero confío en que se halle ahí arriba, en perfecto estado.

Dirigió Curtis una mirada amenazadora al jefe amarillo y éste se apresuró a decir:

—No le hemos hecho daño alguno.

—Mejor para vosotros. Adelante, teniente. Ya veo que lleva un lanzallamas. ¿Cree que le puede servir para librarlos de sus ligaduras?

—Lo ignoro, señor. El lanzallamas lo he traído por si necesitaba emplearlo contra alguno de estos individuos.

Curtis dirigió al jefe amarillo una mirada interrogadora.

Este comprendió perfectamente lo que se pedía de él. E informó:

—Puede tomar uno de esos ordenadores. Una vez cerca de los presos bastará que accione la aguja verde hasta situarla en el número tres. Entonces las sujeciones metálicas se abrirán por sí solas. No hará falta más.

Se apoderó Gail del ordenador que había servido para que se abriese el disco volante y comprobó el desplazamiento de la aguja tal como el jefe amarillo había dicho.

Antes de iniciar el desplazamiento para cumplir la orden que Curtis le había dado, la joven señaló en su rostro un gesto de resignación, como diciendo:

—Usted sabrá lo que hace, señor.

Curtis comprendió el gesto de su copiloto, pero prefirió no hacer comentario alguno delante de sus enemigos.

Vio como Gail trepaba ágilmente por la escalerilla de la aeronave.

Cuando el segundo teniente Adams cumpliese la orden que le había dado, y libertase al coronel Adams, él, James Curtis, dejaría de ser el jefe de las escasas fuerzas y bienes U.S.A. que se hallaban en aquel alejado planeta.

No transcurrieron más de cinco minutos para que el coronel Nancy Adams comenzase a descender la escalerilla que se hallaba tendida desde la aeronave al suelo.

Según pudo observar Curtis, Nancy Adams tal vez no pesara un

gramo más que la última vez que la había visto, hacía entonces aproximadamente unos ocho años con arreglo al cómputo terrestre.

Pero daba la impresión de que había pasado bastante más tiempo.

Detrás del coronel Adams descendieron Gail y el segundo teniente Butler, el cual, tras presentarse a Curtis, le dio las gracias por haberlo libertado.

Nancy Adams se había mantenido en tenso silencio, observando a Curtis, al cual pidió finalmente:

—Déme el subfusil de rayos, capitán.

—¿Me desarma, coronel? ¿Debo considerarme su prisionero?

—He dicho, simplemente, que me dé el subfusil.

—Está bien, coronel. Ahí lo tiene.

Nancy Adams, una vez tuvo el arma en las manos, la dirigió rápidamente contra los cinco supervivientes del platillo volante y los desintegró con una descarga.

Se produjo un ambiente tenso entre los cuatro terrestres.

CAPÍTULO VIII

Curtis, que no había imaginado ni remotamente cuál iba a ser la acción de Nancy Adams, tomó el subfusil que ésta había empleado contra los extraños seres.

Y lo hizo de forma brusca.

—Siento tener que decirle que esto ha sido una serie de estúpidos asesinatos, coronel. Y que lo haré constar en mi informe cuando regresamos a la base, si es que logramos regresar.

—Nancy Adams preguntó, mostrando sorda irritación:

—¿Se indisciplina, capitán? .

—Llamo a las cosas por su nombre, señor...

—Debe llamarme coronel. O en todo caso, señorita.

—Me da lo mismo...

Nancy Adams se daba cuenta de que su violenta acción no había merecido la aprobación ni siquiera de Anthony Butler, su copiloto.

Y tratando de justificarse, dijo a Curtis:

—Eran más de veinticinco. Veintiséis, concretamente. Y yo, sólo he liquidado a cinco. Los demás han muerto a sus manos o las del segundo teniente Adams.

—Han muerto en lucha, porque no he tenido más remedio que matar para poder libertarle a usted y al segundo teniente Butler. Fue la orden que recibí.

—Ese hombrecillo que era el jefe de ellos, me humillo... —fue la respuesta del coronel Adams, aunque dada sin demasiada convicción.

—¿Porque la venció? —preguntó Adams.

—No se trata de eso.

—Hay que saber encajar las derrotas, aunque sólo sea para tratar de convertirlas en limpias victorias.

—¿Se permite darme lecciones, capitán?

—Respondo a sus palabras.

Se indisciplina usted, ésa es la única verdad.

—Pues que me formen consejo de guerra cuando lleguemos a la base. O si lo prefiere, a la Tierra. Cosas sobre las que tengo mis dudas.

No obtuvo respuesta de Nancy Adams, a la cual preguntó, a continuación:

—¿Toma el mando de la expedición, coronel? Habrá que decidir sobre nuestro próximo futuro. Por mi parte no pretendo echar raíces en este planeta.

Nancy Adams tragó saliva.

Y preguntó, a continuación:

—¿Cuál es la situación, capitán?

—Disponemos de un avión-cohete, el cual tiene una avería. Pero en esa aeronave sólo pueden ir dos personas…

—¿Es la suya, capitán? —dijo el coronel Adams.

—No poseo aeronave alguna, coronel. Es del ejército U.S.A. Era el responsable de ella y ahora usted, como superior, debe hacerse cargo de tal responsabilidad.

Había un tono de latente ironía en la expresión de Curtis cuando dio su respuesta a su superior jerárquico.

Nancy Adams volvió a morderse el labio inferior, mostrando así su contrariedad.

Y Curtis continuó informando:

—Cuando hemos sido atacados por última vez, el segundo teniente Adams estaba intentando reparar la avería.

—¿Y qué hace que no continúa?

—Imagino que aguarda órdenes. Nos interrumpieron y gracias a la interrupción, hemos podido adelantar la liberación de ustedes.

—Debe continuar su tarea, segundo teniente Adams —dijo Nancy a su sobrina.

—A la orden, coronel.

El coronel Adams prosiguió:

—Puede ir a ayudar al segundo teniente Adams, segundo teniente Butler. Es más antiguo que usted en el empleo, por lo tanto se debe poner a sus órdenes.

—Sí, Coronel. A la orden —dijo Butler.

El joven segundo teniente se sintió aliviado de poder alejarse del lugar de fricción entre sus dos jefes.

Y siguió gustoso a Gail, la cual no mostró prisa alguna al dirigirse al avión-cohete.

Cuando los dos jóvenes se hubieron alejado, dijo Nancy Adams a Curtis:

—Atractiva chica su copiloto.

—Pedí un copiloto. Enviaron al segundo teniente Adams. Ha mostrado capacidad y más conocimientos de los exigibles. Por primera vez estoy de acuerdo, en el servicio, con un camarada del sexo femenino.

—Gracias, capitán.

—De nada, coronel.

Tras una breve vacilación, dijo Nancy Adams:

—¿Cuál es su plan?

—No he tenido tiempo de formar ninguno. Y ahora es usted el jefe de la expedición.

Tras nueva vacilación, dijo el coronel Adams:

—Habremos de formar consejo de oficiales. A ellos los mantendremos, de momento, al margen.

—Lo que usted disponga, coronel.

Sin más preámbulos, dijo Nancy Adams:

—Nuestro objetivo inmediato es salir de este planeta y tratar de regresar a la Tierra o a la isla planetaria U-2.

—Exactamente.

—Estamos en un sistema planetario diferente y vecino del nuestro. Y totalmente desconocido para nosotros.

—Esas ideas coinciden con las mías, coronel.

—Digamos que las comunicaciones entre nosotros y nuestros sistemas de recepción de la Tierra o cualquiera de las islas planetarias, está interrumpido.

—Eso está muy bien expresado, coronel —respondió Curtis, en tonillo humorístico.

—No me saque de quicio con sus ironías, capitán. Si salimos triunfantes de esta expedición, pienso proponerle para el ascenso...

—Perdone, coronel, pero pertenezco a la promoción que decidió no aceptar ascensos por méritos. Y no quiero romper un compromiso con mis compañeros.

—Usted es de los que no quieren favores, vaya.

—Algo así.

—Y por eso huyó de mi lado, en cierta ocasión. Porque aquello fue una auténtica huida.

—Parece que no soy el único que ha huido, señor.

La alusión a Gail era clara. Y Nancy Adams dijo en tono acre:

—A esa sobrina mía le daré un escarmiento.

—Por ejemplo, mantenerla a su lado contra su voluntad, ¿no?

—Podría ser.

—Cuente con mi oposición, coronel. El segundo teniente Adams ha sido destinado a mi equipo y lo conservaré. No vacilaría en

hacer valer mi historial en el ejército. E, incluso, recurriría al general Adams. Creo que me aprecia sinceramente.

—Sí. Dice de usted que es el mejor oficial que ha tenido a su mando. Y parece que el coronel Jeremy Baker dice lo mismo.

—¿Por qué no volvemos a nuestro consejo de oficiales? Hemos quedado en que solamente disponemos de un aparato de dos plazas. Y somos cuatro...

—Cierto. Y además, estamos incomunicados.

—Hay otra cosa que tal vez ignore usted o tal vez conozca, puesto que iba ahí con ellos.

—¿De qué se trata?

—Estos, digamos hombres amarillos, pidieron auxilio a una de sus aeronaves. Según pude arrancarle a su jefe, tardarán unas veinticuatro horas, según el cómputo de la Tierra, en estar aquí.

—¡Diablos! No sabía eso...

—Pero usted advertiría que ellos comunicaban con el exterior.

—Les oí y les vi comunicar con el exterior. Pero pensé que se dirigían a ustedes. Escuché sus conminaciones...

—¿Y no se dio cuenta de que hubiese alguna otra comunicación en un idioma que no fuese el nuestro y a la cual le responderían en el mismo o parecido idioma?

—Sí... Eso fue cuando ya nos habíamos detenido en este planeta. Pensé que comunicaban con seres de este planeta.

—En este planeta no hemos encontrado un solo ser humano, ni nada que se le pueda parecer remotamente. Hay ciudades viejas, semiderruidas, abandonadas... Ahí cerca tenemos una.

James Curtis prosiguió informando al coronel Adams de todo lo que entre él y Gail habían podido observar y de lo cual habían logrado no solamente fotografías, sino filmes.

Seguidamente dijo:

—Ahora que hemos mencionado la fotografía... Debo fotografiar los cadáveres de tres de estos hombres amarillos.

—¿Cómo murieron?

—Herida de bala...

—Muy arriesgado

—A veces, hay que arriesgar. O se queda uno en casa —fue la respuesta de Curtis.

Adams se sintió molesta, pero evitó exteriorizarlo.

Y dijo:

—Antes de ir a obtener esas fotografías, vamos a proseguir... ¿Qué más hay?

—Por mi parte, nada, como no sea hacer unas preguntas.

—Hágalas.

—¡Apresaron el prototipo en que iban usted y el segundo teniente Butler o los derribaron?

—Nos derribaron. Y menos mal que nos recogieron.

—¿Fue dura la lucha?

—¿Y qué importa eso, ahora? La verdad es que nos sorprendieron.

—¿Podríamos manejar, nosotros, ese disco volante de ellos?

—No lo creo. Aparte de que está seriamente averiado. Ni ellos mismos lo habrían hecho despegar. Estuvieron ustedes a punto de destrozamos.

—No lo hicimos, porque sabíamos que ustedes iban ahí.

—Gracias...

—Era un deber. Otra cosa: ¿Dispone el aparato ese de armas eficaces a bordo?

—No. Las desmontaron apenas tomaron contacto con el suelo de este planeta. No fue una tarea fácil... ¿En dónde diablos estaban ustedes, entonces?

—Sobrevolábamos el planeta, estudiando el lugar, tratando de saber si era alguna base de ellos. O si era su planeta...

—Y estuvieron a punto de darles a ustedes un disgusto. Parece que contaban con que el efecto de las ondas protectoras, es menor en una atmósfera de este tipo.

—También contábamos nosotros con ello. Ese ha sido el error que les condujo rápidamente a la derrota.

—¿Podían hacer otra cosa?

—Lo ignoro. Pero ahí adentro habrían podido resistir mejor. Ellos deberían contar con que no les destrozaríamos del todo, por temor a matarles a ustedes.

—No lo creo. Ellos, en el caso suyo, capitán, habrían terminado rápidamente aunque algunos de sus compañeros hubiesen caído. Les llegué a odiar por su fría indiferencia ante la muerte, por su falta de respeto hacia los demás.

Curtis señaló un encogimiento de hombros.

Y dijo, a continuación:

—Ahora que ya conoce como están las cosas, está en condiciones de formular un plan de acción.

—Uno de nosotros, con uno de los tenientes, habrá de salir del planeta y una vez en lugar desde el cual podamos ser detectados, pedir ayuda.

Tras una corta pausa, prosiguió diciendo:

—Es posible que a estas horas un buen número de aeronaves estén explorando el espacio en busca de rastros nuestros.

—Pienso que es el único plan viable.

—Saldrá usted, capitán...

—Ni hablar de eso. Saldrá usted, coronel. Yo no puedo volver sin usted, pero usted puede volver sin mí... Salí de la U-2 para liberarla.

—Ya me ha liberado...

—No se la considerará liberada hasta que haya llegado a una de nuestras bases. En cuanto al copiloto, se puede decidir por sorteo. O puede ir con usted el teniente Adams.

—No puede haber discriminación a causa del sexo —se apresuró a decir el coronel Adams.

—En eso está en lo cierto. Lo dicho, recurriremos al sorteo. A menos que uno de ellos se ofrezca voluntario para quedarse aquí.

—Se ofrecerán los dos.

—Pues que decida el sorteo.

—Pero ¿qué harán los que queden aquí? Van a venir esos hombrecillos amarillos con una de sus aeronaves y todo su poder destructivo.

—Espero que quienes nos quedemos aquí, podamos subsistir. Tenemos armas, hay agua, caza, pesca y hasta alimentación vegetal, aunque sea silvestre.

—Pero...

Y sobran lugares en donde esconderse. No les será fácil encontrarnos. Y si nos encuentran, lucharemos.

—Ellos poseen buenos medios de detección...

—No se preocupe. Los sabremos engañar...

Guardaron silencio al ver que se acercaban los dos tenientes. Y fue Gail quien informó, diciendo:

—Lo siento. La avería es más grave de lo que había podido imaginar. Tardaremos no menos de ocho horas en repararla. Y pronto será de noche.

—Bien. Eso significa que resistiremos juntos a esos hombres amarillos —decidió el coronel Nancy Adams.

Gail miró con expresión interrogadora a Curtis, el cual mantuvo su rostro con la máxima inexpresividad.

Y la segunda teniente Adams, dijo:

—No habrían pensado, por ejemplo, que yo me iba a ir dejando

aquí a nadie…

—Usted hará en todo momento lo que se le ordene, teniente Adams —dijo, acremente su tía.

—No hay duda, coronel. Pero tampoco podría evitar que me diese un dolor de tripas que me impidiese copilotar el aparato. Y comienzan a dolerme las tripas.

—En tal caso —se apresuró a decir Curtis para evitar todo enfrentamiento entre tía y sobrina— vuelvan a su trabajo. Sabemos que podemos tener una relativa tranquilidad durante una veintena de horas.

—Sin embargo, no descuidaremos la vigilancia —señaló Nancy Adams.

—No había pensado en tal cosa, coronel. Me encargaré directamente de tal vigilancia. Lo cual no quitará para que obtenga esas fotografías y busque algo de caza. La pesca no me va, lo confieso.

Gail hubo de contenerse para no reír a carcajadas. Percibía que su tía estaba descontenta de sí misma y era algo que le alegraba.

Y la joven se dirigió a Curtis, para decirle:

—Señor. El segundo teniente Butler es aficionado a la botánica. ¿Por qué no se encarga de seleccionar unas verduras frescas, comestibles, que mejoren nuestra dieta? La verdad es que estoy hasta la coronilla de comprimidos.

—El segundo teniente Butler le ayudará a usted, Adams —decidió el coronel.

—No tiene ni idea de eso que debo arreglar. Y más bien me estorba, que otra cosa. Me molesta que me miren las piernas cuando trabajo.

Lo dijo con graciosa picardía y caminó seguidamente en dirección a la aeronave, ondulando, graciosa y provocativamente, su cuerpo al desplazarse.

Nancy Adams estaba furiosa; pero se abstuvo de comentario alguno.

—Iré a obtener esas fotografías con usted, si no le molesto,

capitán Curtis.

—No me molesta. La piel de mis piernas no es tan sensible como la de las piernas del teniente Adams.

Gail, que escuchó la respuesta, rió alegremente, sin ocultarse del coronel, sin preocuparle su ira.

CAPÍTULO IX

Tras obtener las fotografías de los tres hombres amarillos, Curtis regresó a donde se hallaba la aeronave de la Tierra, en la cual poseían su pequeño archivo.

Y seguidamente pasó a la aeronave de los extraños seres, para estudiarla en su interior.

Siempre silenciosa, el coronel Nancy Adams acompañó en su inspección al joven, el cual tomó fotografías y sacó croquis.

El coronel se dirigió a Curtis, para decirle:

—Eso son los mandos para despegar y maniobrar en el aire. Pero finalmente se les averiaron sin posible solución, de momento.

—¿Cómo pudieron tomar contacto con el suelo del planeta?

—Según pude comprender, estando la aeronave en el aire, aún funcionaban los elementos justos para no estrellarse. Así y todo, no tuvimos una toma de suelo muy suave.

—¡Ya!

—Tal vez fue eso lo que les decidió a desmontar sus emisores de rayos desintegradores...

Curtis no hizo comentario alguno. Se sentía descontento del resultado que, por el momento, había tenido su aventura.

Nancy Adams dijo, como queriendo excusarse:

—Comprendo su estado de ánimo. Pero no he podido contenerme. Por otra parte, no habría sacado nada en limpio de esos hombrecillos.

—Sin embargo conseguí que nos diesen la posibilidad de abrir esta aeronave, y de libertar a usted y a Butler, sin necesidad de emplear más violencia que un par de golpes.

—Usted es más convincente que yo.

—Es posible. ¿Tiene idea de dónde está situado el planeta del

cual proceden?

—No.

—Lamentable, ¿no cree, coronel? Por el momento hemos perdido las posibilidades de tener datos concretos sobre una civilización totalmente extraña a la nuestra, que se desarrolla no se sabe dónde, pero sí muy lejos, y que sin embargo tiene bastantes puntos de contacto con la nuestra.

—Lo cual significa que no vale la pena preocuparse demasiado. Sus ruedas son redondas, como las nuestras. Los mecanismos que usan, parecidos a los nuestros... Difieren bastante en su anatomía; por lo demás, es de suponer que se reproducen de forma semejante a la nuestra.

—Genial, coronel. Pensando como usted, no valía la pena que abandonásemos la corteza de nuestro planeta Tierra...

—¿Y cree que la Humanidad ha conseguido mejorar por eso? Han mejorado los medios de explotación de las riquezas, pero el reparto sigue siendo injusto...

—En eso debo darle la razón.

Curtis, que llevaba colocado en la muñeca el mando que les había permitido abrir la aeronave de los hombres amarillos y que manejado por Gail, había logrado librar de sus sujeciones a los dos prisioneros, lo mostró a Nancy Adams.

—¿Les vio emplear esto?

—Sí. Lo empleaban con cierta frecuencia; pero no tengo ni idea de cómo actúa.

Curtis se acercó a las sujeciones metálicas en que Adams y Butler habían estado aprisionados, e hizo maniobrar el mando, el cual, cuando la aguja llegó al número dos, hizo que las sujeciones se cerraran.

Situó luego la aguja en el número tres y las sujeciones se abrieron de modo semejante a cuando las había empleado Gail.

Se acercó el joven capitán a los mandos para el despegue del platillo volante, y obligó a la aguja a que se fuese desplazando hasta llegar al seis.

Se inició entonces una trepidación, como si los motores de la gigantesca aeronave quisieran ponerse en marcha.

La trepidación fue en aumento. Y ambos terrestres recibieron la sensación de que había obstrucciones que impedían el normal funcionamiento de los motores.

Se produjeron algunos chispazos.

El coronel Adams dio un manotazo a Curtis y gritó:

—¿Quiere dejar todo tranquilo? ¿O prefiere que saltemos en pedazos?

Curtis, que hizo retroceder la aguja, dijo tranquilamente :

—Sería una solución. Nosotros quedábamos destrozados aquí y los jóvenes disponían, para ellos, del aparato para regresar a nuestra base tan pronto como la teniente Adams lo hubiese reparado.

—¿Cree que logrará repararlo? Mi sobrina tiene mucha fantasía.

—Si no logra repararlo, es algo que no me preocupa. Me va cansando la Tierra y decidiría establecerme en este planeta. Lo bautizaríamos; y organizaríamos una Humanidad mejor, con más sanos principios de los que dominan en la Tierra.

—Usted bromea, capitán Curtis.

—Es lo mejor que puedo hacer, en este momento. Voy a echar un vistazo a los trabajos que realiza mi copiloto. Y luego me ocuparé de ver la mejor forma de pasar aquí el tiempo hasta que podamos largarnos.

—¿Cuenta usted con que tal vez tengamos que sufrir un ataque de una de las aeronaves de esos hombrecillos amarillos?

—Cuento con ello, coronel. Y confío en que usted, como jefe de la expedición, como oficial superior que es, tome las medidas que estime mejores y dé las órdenes oportunas.

—Usted se burla de mí, Curtis. Y no es la primera vez que lo hace...

—¿Y qué podemos hacer, si viniesen los hombres amarillos antes de que nuestro avión-cohete estuviese reparado?

—Yo, lo primero que haría sería retirar nuestra aeronave de un lugar tan visible. Buscar la forma de camuflarla totalmente. Y buscar refugios para nosotros. Unos refugios en donde nos podamos defender con ventaja.

—¿Piensa que nos atacarán?

—Si nos descubren, no hay duda que nos atacarán.

—Y ellos nos buscarán, claro…

—Ellos detendrán su platillo volante cerca de éste, aunque antes de hacerlo, realicen una concienzuda exploración…

—Sí, claro.

—Ellos habrán intentado entrar en contacto con éstos. No lo han logrado y eso les hará suponer que han sufrido un desastre…

—A nuestras manos; eso está, también, claro. Porque ellos conocerán la misión que tenían los que nos apresaron a Butler y a mí…

—Exactamente.

—Capitán, no había pensado en que las cosas se podían poner tan graves…

Curtis sonrió; pero no dio respuesta alguna, tomando el camino de la aeronave terrestre.

El coronel Adams le siguió dócilmente, como iba haciendo en los últimos minutos.

Fue Curtis quien se dirigió a Gail, a la cual ayudaba Butler.

—¿Es que no piensa descansar, teniente Adams?

—Ya descansaré cuando nos quedemos sin luz. No creo que queden más de tres horas de luz.

—Hemos de apartar la aeronave de este lugar para buscarle un buen escondite…

— Ya me había atrevido a pensar en ello, señor. Pero eso lo podemos hacer cuando quede apenas una media hora de luz. Claro, si antes se ha buscado un escondite apropiado.

—Voy a ocuparme de eso, teniente.

—Será para mí una magnífica ayuda, porque trabajaré con más tranquilidad. ¿Ha pensado en que deben ser borradas las huellas que hemos ido dejando? En particular, las que haya en torno al disco volante ese.

El coronel Adams se quiso adelantar a la orden que pudiese dar Curtis y dijo:

—De eso se va a encargar el segundo teniente Butler. Parece que su ayuda no es muy eficaz.

—De vez en cuando me alcanza alguna herramienta.

Y no se equivoca casi nunca.

Butler, que se excusó, se sonrojó a la vez. Y dijo:

—No tengo ni idea de mecánica. Lo siento. A mi me gustaría quedarme en este planeta para estudiar su flora… Y como también tengo conocimientos de geología…

—Unos buenos conocimientos que le permitirán ir borrando esas huellas que hemos ido dejando. No olvide de borrar las de los hombres amarillos —dijo el coronel Adams.

—Sí, coronel —replicó Butler, marchando rápidamente a realizar el trabajo que se le encomendaba.

Si primero había sido gustoso a ayudar a Gail, había llegado al punto en que estaba deseando largarse pues se sentía en inferioridad, ante la atractiva compañera.

Curtis, antes de marchar en busca de un escondite para la aeronave, dijo a Gail:

—No se descuide, teniente. Esa gente puede aparecer antes de lo que nos dijeron los otros.

—Es algo que he tenido en cuenta. Y están funcionando todos los aparatos de detección de que disponemos…

Marchó Curtis y le siguió el coronel Adams, la cual dijo al capitán cuando ya se habían alejado:

—El segundo teniente Adams es un oficial muy competente.

—Lo es. Por tal motivo lo he admitido a mi lado a pesar de pertenecer al sexo femenino.

—Las discriminaciones, por razón de sexo, están fuera de ley.

—Y me parece muy bien. Y jamás haría marchar de mi lado a un ayudante aduciendo que pertenecía al sexo femenino. Sencillamente, le haría la vida imposible. Y le haría comprender que debía pedir el traslado.

—Siempre ha sido usted un poco salvaje, Curtis.

—Eso en su boca, suena a elogio, coronel —dijo Jimmy, en tono humorístico, tanto que Nancy Adams prefirió no proseguir la conversación.

Pero Curtis prosiguió:

—El teniente Adams, además de ser competente y disciplinado, tiene unas piernas sensacionales. Y no queda ahí la cosa...

—Prefiero no responder a eso, capitán.

—Se lo agradezco, coronel.

Poco después llegaban Nancy Adams y Curtis a la entrada de la medio derruida ciudad.

—Me pareció ver un poco más allá, una gran nave.

—¿Cree que nuestro avión podrá llegar hasta ella?

—¿Y por qué no? Si fuese necesario terminaríamos de derruir algunas de estas construcciones.

Habían entrado en un recinto amplio, cercado por murallas que en tiempos debieron ser bastante altas, pero que en gran parte estaban derruidas o medio derruidas.

—Esto parece un cementerio...

—Lo es. Vea todo aquello. La lluvia, el viento, han dejado al descubierto esqueletos enteros...

—Tienen bastante parecido con los nuestros...

Curtis, que se había detenido a examinar uno de los esqueletos,

dijo:

—¿Son muy parecidos. Este debe pertenecer a un varón. Y fíjese. Aún conserva un recio anillo de un metal parecido al oro…

—Aquel otro debe ser de mujer. Lleva esclavas en los tobillos. Aquello deben ser pendientes que han caído ya por el tiempo… Todo esto me da un poco de miedo.

—A mí me preocupan más los hombres amarillos. ¿Seguimos?

Del cementerio pasaron a una amplia plaza, dejando a un lado un edificio anejo al cementerio y en el cual pensaron que podía haber residido la administración del mismo, los archivos y el depósito de cadáveres.

Si la vegetación había crecido desordenadamente en el cementerio, otro tanto sucedía en la plaza, a pesar de lo cual se podía observar aún que habían existido allí unos cuidados jardines.

—¿Qué puede haber sucedido, capitán Curtis?

—Lo ignoro, coronel. Cuando ustedes partan, hasta que envíen a recogerme, tendré tiempo sobrado para estudiar todo eso.

Antes de que le pudiese responder, señaló para la gran nave de que había hablado anteriormente y que se hallaba casi enfrente del cementerio, a la otra parte de la gran plaza.

—Pienso que nuestro cohete se puede ocultar ahí perfectamente si es que esa nave es capaz de resistir… Cosa que dudo.

Una vez entraron en la nave, se pudieron dar cuenta de que no resistiría en pie.

Es más, al ruido de sus pasos, y de sus voces, comenzaron a desmoronarse algunas partes.

—No sirve —dijo el coronel Adams.

—Pienso que el mejor lugar para ocultar nuestro cohete está entre la vegetación del cementerio, en el fondo Este.

—No es mala idea. ¿Y nosotros?

—Podemos escondernos en aquellas pequeñas casas que están cerca y que parecen recias, como si se hubiesen empleado en alguna

ocasión como fortificaciones. Haremos un adecuado camuflaje, tanto por encima del cohete como por encima y en torno a nuestras fortificaciones.

—En principio, de acuerdo. Vamos a estudiarlos cuanto antes. Hay que tomar decisiones rápidamente y comenzar a trabajar. Como el segundo teniente Adams ha manifestado, no nos queda mucho tiempo de luz natural.

CAPÍTULO X

James Curtis, con la ayuda de Tomy Butler, había proporcionado los elementos necesarios para hacer una sustanciosa comida, a base toda ella de productos del planeta en que se hallaban.

Era ya totalmente de noche cuando se habían reunido a cenar en el cementerio, al lado del cohete, al cual apenas si le faltaban un par de horas de trabajo para quedar reparado.

Nancy Adams, llevada de su curiosidad, una vez cenados había querido examinar un anillo que lucía uno de los esqueletos. Y éste se le había desmoronado primero y pulverizado después, quedando convertido en ceniza.

—¿Qué puede haber sucedido aquí? —preguntó, tras dar un pequeño grito a causa del miedo.

—Pienso que ni aun logrando estudiar sus archivos, lograremos saberlo jamás —opinó Curtis.

El joven Butler, silencioso, observador, reflejando más temor que la propia Nancy Adams, dijo:

—Este planeta debe haber sufrido un terrible cataclismo que debió terminar con la vida en el mismo… Eso debió ser hace muchísimo tiempo…

—¿Y cómo es posible que haya vuelto a producirse la vida, de nuevo? Porque a excepción de seres humanos como los que ya parecen haber existido, hay de todo —señaló Curtis.

—Sí, eso es cierto… Tal vez enrarecieron de tal modo la atmósfera del planeta que terminó en él la vida tal como la concebimos…

—Pero… —comenzó a decir Gail.

—Luego se ha ido regenerando, se han vuelto a ir reponiendo de forma equilibrada las condiciones de vida… Tal vez en un futuro no demasiado lejano vuelva a existir aquí una Humanidad semejante a la que ya existió…

—Siempre que se den las condiciones apropiadas…

—Esas condiciones se dan ya —aseguró Butler.

Nancy Adams gritó asustada.

—¿Qué sucede? —preguntó Curtis.

—He visto pequeñas llamas ir de un lado a otro, allá lejos

Butler señaló un encogimiento de hombros y dijo:

—Yo las había visto ya. Fuegos fatuos. Debe existir no lejos algún cementerio de animales, de grandes animales. Pero no un cementerio antiguo, sino actual…

—Pues menudo susto me han dado…

—Temo que nos llevaremos más de un susto. Estamos en un mundo que evoluciona rápidamente —aseguró Butler con absoluto convencimiento.

Tras una pausa añadió:

—Mientras buscaba pesca, he visto restos de animales gigantescos, semejantes a los que en la Tierra llamamos prehistóricos. Pero los de aquí, tal vez desaparecidos ya, podrían ser posthistóricos. Bien, quiero decir que pueden corresponder a la historia reanudada después del cataclismo.

Con la noche comenzaba la vida en las regiones no lejanas en donde hacían su vida las fieras, los grandes animales.

Y se oyeron fuertes aullidos, gritos auténticamente salvajes.

Curtis se dio cuenta de que Nancy Adams estaba muy asustada, aunque no lo quería confesar.

Y dijo:

—¿Qué tal, si nos retiramos a nuestros respectivos puestos? Propongo que el coronel Adams establezca la guardia en nuestra aeronave y esté atenta a cualquier señal de nuestros aparatos de a bordo.

—Sí, alguien se debe quedar ahí. Y hasta se podría quedar el segundo teniente Adams —dijo el coronel Adams.

—Con una persona ahí arriba hay bastante. Los demás hacemos falta por aquí abajo... —dijo Gail en respuesta.

—Si al menos supiéramos cuándo nos van a atacar —señaló Butler.

Nancy Adams no se dio por enterada del principio de rebeldía que suponía la respuesta de Gail, y manifestó :

—Ya lo sabremos con tiempo. No pienso dormirme...

Curtis intervino para decir:

—Convendrá evitar cuanto antes las alarmas sonoras para que no las capten ellos y por las mismas puedan descubrir nuestra posición.

—Es algo que tendré en cuenta —dijo el coronel.

—Cuando se produzca la aparición de esa gente, cuiden de no hacer ruidos, ni señales luminosas. El segundo teniente Butler puede quedar cerca del aparato y comunicará con nosotros —propuso Curtis.

—Una buena idea —aceptó Nancy Adams.

—Por lo demás, cuando los tengamos cerca, no necesitamos de los detectores ni de los avisos para saberlo. El zumbido de sus motores se percibirá perfectamente en esta atmósfera y más aún, en el silencio de la noche. Si es que llegan de noche...

Nancy Adams y Butler parecieron tranquilizarse ante las muestras de sangre fría, de tranquilidad, de que daban muestras Gail y Curtis, los cuales, tras dar y recibir algunas ideas, porque eran más ideas que instrucciones, se alejaron para ocupar los lugares que se habían asignado y que estaban el uno cerca del otro.

Antes de separarse dijo Gail:

—Nunca había visto a mi tía tan empequeñecida, tan insegura

como en esta ocasión.

—Es lo que más me asusta. Que llegue a perder los nervios. Y más, si se tiene en cuenta que es el jefe de la expedición.

—Olvide eso, capitán. Usted sabe que ella no se siente capaz de dirigir, de enfrentarse a los enemigos que puedan surgir. Ella lo ha comprendido y, de hecho, ha resignado el mando en usted.

—Ha hablado usted de enemigos que puedan surgir. ¿Piensa que pueden ser otros que los hombres amarillos?

—¡Qué quiere que le diga, capitán! En este planeta hay algo raro. Falta algo y ese algo es el hombre en su versión local. ¿Está escondido? ¿Puede surgir de un momento a otro? ¿Cómo?

—¿Qué le ha hecho pensar en eso?

—Las teorías que ha esbozado Butler. Y ese chico, como mecánico es una nulidad, pero es culto, tiene ideas, presentimientos...

—De acuerdo, teniente. Estaremos preparados para lo esperado y para lo inesperado. A mí también me han impresionado ciertas cosas... Y me habría gustado tener tiempo para echar un vistazo a ese edificio de extraña forma que hay junto al cementerio, como si formase parte del mismo...

—Se lo iba a nombrar yo...

Se iban a separar ya cuando Curtis dijo a Gail:

—Diga, teniente... ¿Se puede admitir que un capitán haga el amor a uno de sus oficiales?

—Siempre que no sean del mismo sexo, y sin olvidar la disciplina en los actos de servicio, ¿por qué no?

—Me estoy enamorando de usted.

—¿Mis piernas?

—Una mujer es algo más que unas hermosas piernas. Y usted tiene mucho más que todo eso.

—Gracias, Jimmy. Me alegro de que me lo hayas dicho. No me habría gustado tomar la iniciativa, pero...

Cambiaron primero un fuerte apretón de manos, luego un abrazo y un beso.

Finalmente rieron ambos; y Gail dijo:

—Teniendo en cuenta la anormalidad de la situación y que no hemos entrado aún de servicio, no creo que nadie nos pueda reprochar nada.

—Sin embargo, prefiero que no nos haya visto el coronel —replicó Curtis.

Volvieron a abrazarse estrechamente. El beso fue más prolongado, profundo.

Al fin se separaron, mientras Curtis decía:

—Eres una chica sensacional...

* * *

En dos ocasiones el teniente Butler fue a llevarles un estimulante caliente, con sabor a café.

—Siento molestar, pero lo ordena el coronel. No quiero que se duerman.

—¿Ha probado a poner al coronel un somnífero en lugar de un estimulante?

—Lo he pensado, capitán. Tal vez no le de un somnífero, pero sí un tranquilizante. Está muy excitada. Comienza a ver cosas raras, fantasmas...

Gail dijo en tono humorístico:

—Quítele todos los espejos que tenga a mano.

—El coronel es una guapa mujer. Además, se parece a usted —dijo Butler.

—Es posible, porque es hermana de mi padre...

—Teniente Adams, siento...

—No se preocupe, Butler. Me largué de la Tierra por no tener que aguantarla. Y ahora, regrese a su lado y déle ese tranquilizante...

—Si quieren que les diga la verdad, tal vez ella no ha visto fantasmas. En torno a nosotros hay más vida de la que parece, lo presiento. Y no crean que es el miedo, aunque tengo el mío...

Butler, tras aquello, se retiró para volver a su puesto cerca del coronel Adams.

Gail y Curtis, que se habían reunido un momento para tomar el estimulante, volvieron a sus puestos. Estaban silenciosos, como si presintiesen que la lucha era inminente.

No había transcurrido media hora de la última visita cuando Butler volvió corriendo a donde estaban Gail y Curtis.

—He logrado darle el tranquilizante al coronel...

—No habrá venido... —comenzó a decir Curtis.

—No, señor. Vengo a comunicar que ya los tenemos ahí. Es otro disco volante, a lo que he podido apreciar...

Se detuvo, jadeando. Curtis permitió que se rehiciera y Butler prosiguió, diciendo:

—Entran en silencio, con los motores parados. Menos mal que no perdíamos un instante de vista la pantalla del L-V. Parece que disponen de unos dispositivos que desvirtúan un tanto la imagen. Pero he logrado recomponerla, a pesar de todo.

—Gracias, teniente. Se le tendrá en cuenta... Y ahora vaya a su sitio. Asegúrese de que el coronel Adams está tranquilo.

—Lo está, afortunadamente.

Se alejó Butler.

James y Gail permanecieron juntos, tratando de captar algún sonido, alguna visión por fugaz que fuese, de la aeronave enemiga a la cual presentían cada vez más cerca.

Tardaron bastante tiempo aún en descubrir al platillo volante.

Este había descendido silencioso, sin que una sola luz, un solo reflejo, delatara su presencia en la oscuridad de la noche.

—Ahí lo tenemos —dijo Gail.

—Sí. Se mantiene inmóvil sobre el otro platillo. Ese sistema de giróscopos que emplean, tiene sus desventajas, pero también sus ventajas.

—Se tienen que haber dado cuenta ya de que sus coplanetarios han sufrido un auténtico desastre.

—Sí. Y saben, o presienten, que el enemigo que los destrozó está aún aquí.

Se oyó un zumbido casi ensordecedor, al cual siguió un chisporroteo. Y a poco los dos jóvenes terrestres veían como el primero de los discos volantes era totalmente desintegrado por el segundo. Pero todo ello sin apenas hacer ruido alguno.

Consumada la destrucción, los del segundo platillo se elevaron lentamente.

De pronto, se produjeron en el aire varios estallidos que se fueron sucediendo unos a otros. Y aquella parte de la superficie del planeta quedó intensamente iluminada.

Curtis y Gail temieron ser descubiertos desde el aire a pesar del camuflaje, y se apretujaron el uno contra el otro.

Se oyó un grito de pavor, grito emitido por una garganta femenina.

—Mi tía —anunció Gail.

CAPÍTULO XI

Gail y Curtis cambiaron miradas de estupor. Y la joven resolvió:

—Vaya usted, señor. Yo vigilo los movimientos de éstos.

Curtis se dio cuenta de que los del platillo volante se elevaban más aún, como si se dispusieran a abandonar aquella región para hacer una exploración del planeta.

Volvieron a lanzar aquella especie de bengalas mientras seguían su desplazamiento, bengalas que mantenían su iluminación durante más tiempo del que los terrícolas hubieran deseado.

Curtis comprendió que Gail realizaba un considerable esfuerzo para mantenerse en su puesto, y al ver que los del disco volante seguían su desplazamiento alejándose, hizo señal a la joven para que le siguiera.

Se hallaban cerca ya del lugar en donde estaba el avión-cohete, cuando descubrieron que unos seres animados, iguales en mucho a ellos mismos, atacaban a los que se hallaban en el cohete.

Butler, que había sido sorprendido en el suelo, comenzó por emplear contra sus atacantes la pistola ametralladora de tipo convencional.

Y aquellos seres, cuyo aspecto resultaba fantasmagórico a la luz de las bengalas y también por su mismo aspecto, acusaron las balas con estremecimientos convulsivos.

Varios de ellos cayeron, quedando en el suelo como muñecos desarticulados.

Los restantes siguieron su avancé hasta que otra ráfaga de pistola ametralladora derribó a otros tres más.

Se detuvieron entonces, miraron con estupor al terrestre que había disparado, y miraron así mismo para sus manos, armadas de piedras y de palos.

Armas que no correspondían a su evolucionada forma de vestir ni a los adornos que lucían.

Butler, al ver que se detenían, a requerimientos de Nancy Adams subió al cohete, ocupando el puesto que correspondía al copiloto mientras que la tía de Gail iba en los mandos principales.

Curtis se había detenido y había hecho señal a Gail para que le imitase.

Ambos observaron que aquellos extraños seres, que parecían como si acabasen de salir de sus tumbas, se miraban entre sí con asombro, como si hiciera largo tiempo que no se hubiesen visto.

Un varón, al moverse de manera un tanto violenta, quedó semidesnudo, fenómeno que observaron tanto Gail y Curtis como el propio Butler, el cual no perdía detalle de lo que sucedía a su alrededor.

Y fue Butler el que dijo:

—Se les caen las vestiduras. Están podridas… Esta gente…

Gail señaló hacia una mujer joven, hermosa, con aspecto de sonámbula y cuyo busto quedó al aire al hacerse menudos jirones sus vestidos. Ella retrocedió al darse cuenta de lo que sucedía y se cubrió pudorosamente los senos.

Un hombre de edad madura ya, que se hallaba cerca de ella y que así mismo había quedado desnudo, se abalanzó sobre la joven.

Atacaron otros hombres y una mujer al de edad madura, que recibió fuertes golpes hasta que, humillado, cojeando y sangrante, hubo de alejarse.

Un grupo más numeroso de aquellos seres se acercaron en masa por uno de los flancos.

Aquéllos llevaban armas de fuego de tipo convencional. Y otras armas nada convencionales y que según Curtis apuntó a Gail, podían ser lanzadoras de pequeños proyectiles de cabeza atómica.

—Eso no me gusta, teniente.

—Ni a mí, señor. Me da lástima, pero tendremos que barrerlos… Nuestro aparato corre peligro.

Iba a tirar Gail contra la masa de nuevos atacantes cuando varios de ellos intentaron hacer fuego con las armas convencionales.

Se produjeron varias explosiones. Las armas de fuego, estropeadas por el tiempo, habían reventado, hiriendo a los que habían intentado dispararlas.

Tumbaron los motores del avión-cohete.

—¿Qué diablos va a hacer, coronel? —preguntó Curtis a Nancy Adams.

—¡Debo intentar elevarme! Salvar la aeronave. Si no la salvamos estamos perdidos, no saldremos nunca de aquí.

—¿Es que se ha vuelto loca, coronel? ¡No podrá ir lejos! Y los del disco volante no tardarán en estar sobre usted.

—¡Lucharé! ¡Moriré matando si es preciso!

La gente que atacaba y cuyos intentos de disparos habían dado tan malos resultados para ellos, se habían detenido.

El avión-cohete comenzó a deslizarse sobre el suelo, cayendo la parte de camuflaje que había sido colocado sobre él.

—¿Cree que se podrá elevar? —preguntó Curtis a Gail.

—Pienso que se puede elevar. Y con un poco de suerte pueden, incluso, abandonar la atmósfera y romper la fuerza de atracción del planeta. Pero no tengo ni idea de si se puede producir el desastre. Esa reparación no estaba terminada...

—Ya lo advirtió usted...

El cohete tomó velocidad y se elevó, de pronto, en una ascensión casi vertical.

—Eso es muy característico de mi tía. Tal vez logre abandonar la atracción del planeta y con un poco de suerte hasta tal vez envíe por nosotros...

—¿Y si no lo hace?

—Nos quedaremos aquí y nos querremos intensamente —replicó Gail.

El cohete, con un silbido muy característico se elevaba más y más hasta rebasar la zona iluminada y perderse de vista en el espacio.

Los habitantes del planeta, cuyas ropas habían comenzado a caer también en jirones, descubrieron a Gail y a Curtis.

Eran dos seres solos, a los que podían atacar sin temor alguno.

Curtis dijo a su atractiva acompañante:

—No hay más remedio... Y de verdad que lo siento.

Iba a disparar Gail contra algo que había visto moverse en la zona en donde había estado el cohete, cuando se oyó la voz de Butler, que gritaba:

—¡Eh, cuidado, que soy yo!

—¿Pero es que no se ha ido con el coronel? —preguntó Curtis.

—Yo no abandono a unos compañeros, ante el enemigo. Y cuando he visto que ella iba a lograr que el aparato despegara, he podido saltar. Lo malo fue que me golpeé y quedé aturdido.

Butler, ál moverse y al hablar, había llamado la atención de los habitantes del planeta, los cuales corrieron hacia él, dispuestos a hacerlo desaparecer.

Disparó Gail una emisión de rayos desintegradores por un lado e hizo lo propio Butler por su parte.

Y un buen número de aquellos seres quedaron desintegrados, convertidos en humo mientras el resto huía despavorido, sin intentar emplear siquiera las armas de proyectil atómico, viejas, inservibles, como lo estaban las convencionales.

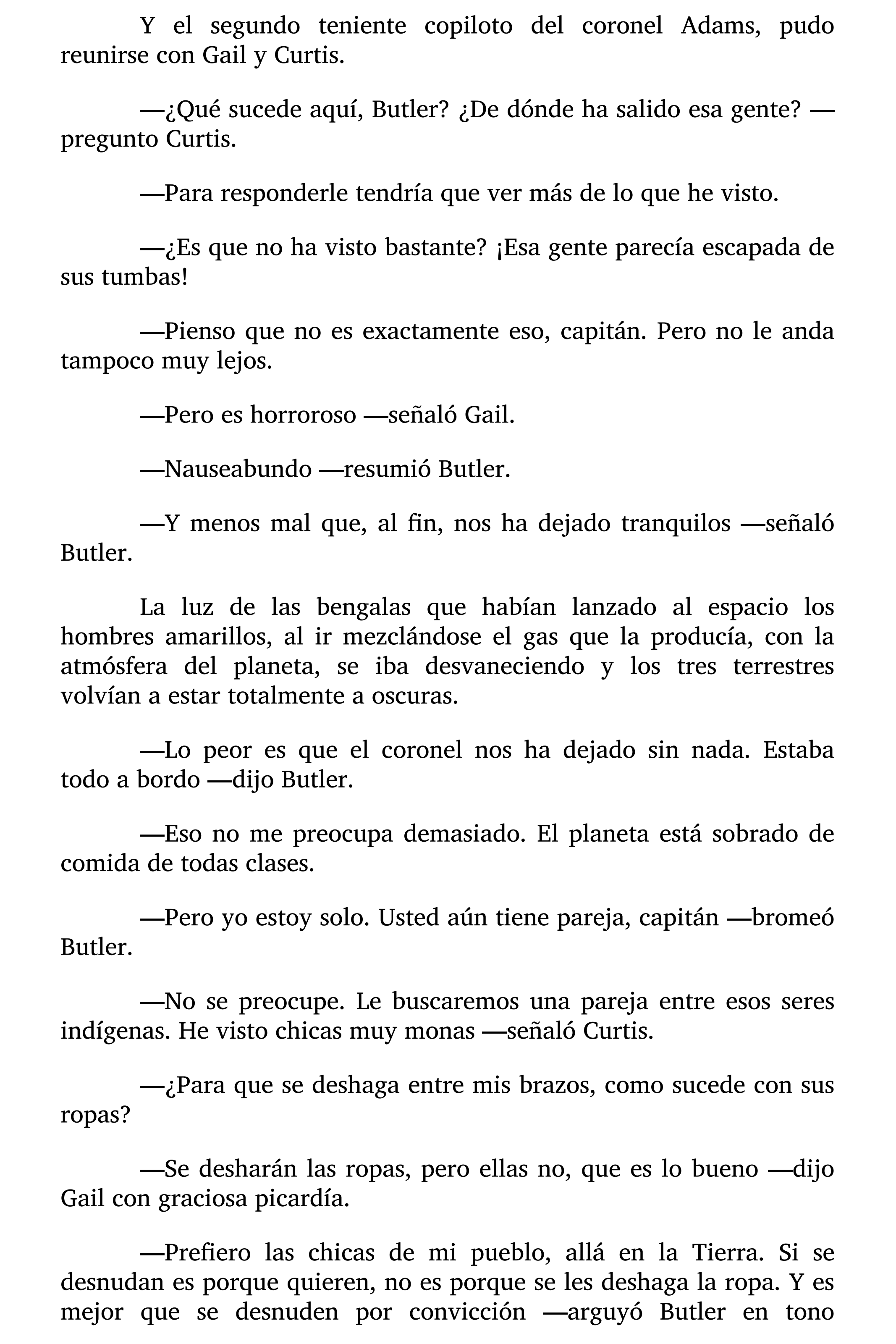
A espaldas de Butler se produjo un nuevo ataque.

Y Curtis hubo de emplear su pistola ametralladora mientras advertía a su compañero:

—¡A tierra! ¡Cuidado!

Obedeció Butler de forma casi instintiva y sintió que las balas disparadas por Curtis silbaban por encima de su cuerpo para hacer blanco en algunos de sus atacantes, que cayeron vencidos.

Butler a su vez, desde el suelo, lanzó una emisión de rayos desintegradores que redujo considerablemente el número de sus atacantes y puso en fuga al resto.



Y el segundo teniente copiloto del coronel Adams, pudo reunirse con Gail y Curtis.

—¿Qué sucede aquí, Butler? ¿De dónde ha salido esa gente? —pregunto Curtis.

—Para responderle tendría que ver más de lo que he visto.

—¿Es que no ha visto bastante? ¡Esa gente parecía escapada de sus tumbas!

—Pienso que no es exactamente eso, capitán. Pero no le anda tampoco muy lejos.

—Pero es horroroso —señaló Gail.

—Nauseabundo —resumió Butler.

—Y menos mal que, al fin, nos ha dejado tranquilos —señaló Butler.

La luz de las bengalas que habían lanzado al espacio los hombres amarillos, al ir mezclándose el gas que la producía, con la atmósfera del planeta, se iba desvaneciendo y los tres terrestres volvían a estar totalmente a oscuras.

—Lo peor es que el coronel nos ha dejado sin nada. Estaba todo a bordo —dijo Butler.

—Eso no me preocupa demasiado. El planeta está sobrado de comida de todas clases.

—Pero yo estoy solo. Usted aún tiene pareja, capitán —bromeó Butler.

—No se preocupe. Le buscaremos una pareja entre esos seres indígenas. He visto chicas muy monas —señaló Curtis.

—¿Para que se deshaga entre mis brazos, como sucede con sus ropas?

—Se desharán las ropas, pero ellas no, que es lo bueno —dijo Gail con graciosa picardía.

—Prefiero las chicas de mi pueblo, allá en la Tierra. Si se desnudan es porque quieren, no es porque se les deshaga la ropa. Y es mejor que se desnuden por convicción —arguyó Butler en tono

humorístico.

—¿Qué podemos hacer, capitán? —preguntó Gail—. Los indígenas pueden rehacerse y volver. Y me duele tener que matar tantos seres.

—Le comprendo. Nos alejaremos, los eludiremos… Los hombres amarillos han de volver, presiento que volverán. Y ellos son nuestra única solución…

—¿Nuestra única solución? —preguntó Butler reflejando asombro.

—Sí. Deberemos apoderarnos de su aeronave si queremos salir de este planeta que no está en nuestras cartas aeroespaciales.

—Parece que usted lo da por hecho, señor. Y a mí no me parece fácil.

—No he dicho que lo sea. Sin embargo, hay que intentarlo.

—El coronel Adams no nos abandonará —arguyó Butler de nuevo.

Gail se apresuró a decir:

—Deseo mucha suerte al coronel Adams, pero dudo que lo volvamos a ver con vida. La reparación no está terminada, todo está en precario estado. Y el aparato puede desintegrarse en el espacio. O quedar sin carburante pasando a ser presa de otro planeta del cual sería el eterno satélite. Incluso de éste mismo.

Guardaron silencio. Aquéllos eran los mayores riesgos que Nancy Adams corría, y no eran los únicos.

Un leve zumbido les sacó de aquel angustiado silencio.

—El disco volante. Los hombres amarillos saben que estamos aquí y vienen dispuestos a terminar con nosotros —dijo Gail.

—El calor que desprenden los rayos desintegradores, los incendios que se provoquen, podrían desatar una activación en esos seres que parecen dormir el sueño eterno, muchos de los cuales volverían a la vida.

Y nos crearían problemas, porque ellos ignorarían lo sucedido a los otros.

Al ver las expresiones de Gail y Curtis, prosiguió: —No estoy loco. Comienzo a ver claro.

Como un eco a sus palabras se oyeron leves ruidos de aquellos seres que volvían a la vida y se movían en las sombras.

CAPÍTULO XII

Tanto Gail como Curtis y Butler eran portadores de sendos subfusiles de rayos desintegradores, además de las armas convencionales.

Curtis, tras hacer señal para que le siguieran sus dos acompañantes, dijo:

—Reserven los rayos para situaciones extremas. Hay que ahorrar la carga de los mismos, al máximo.

Tanto Gail como Butler aprobaron con el gesto, disponiéndose a seguir a su jefe que fue desplazándose en dirección a una serie de fortines viejos, medio destrozados, ubicados no lejos del cementerio.

Pasó cerca de ellos para rebasarlos prontamente. Luego aguardó a sus dos compañeros a los que dijo:

—Quería asegurarme. Son los depósitos de donde los indígenas han sacado antes, las armas con que han pretendido atacarnos.

—No pretenderá emplearlas, señor —dijo Butler.

—¿Y por qué no? Ahora, silencio y síganme...

Cerca de ellos se producían silenciosas carreras, no menos silenciosos desplazamientos. De vez en cuando veían las siluetas de indígenas vueltos a la vida, que les seguían con la pretensión de cercarlos.

Pero no solamente debían prestar atención a ellos, sino a la aeronave de los hombres amarillos, que había descendido a menos de cincuenta metros por encima de sus cabezas.

—Intentan rastrearnos —anunció Curtis, reanudando la marcha.

Sin dejar de desplazarse, Gail preguntó a Butler:

—¿Qué es lo que comienzas a ver claro?

—En este planeta se ha vivido una civilización tan avanzada o casi tan avanzada como la que se vive actualmente en la Tierra...

—Eso parece estar claro ya...

—Sí... Y fueron tan insensatos, que en una de sus luchas dejaron el planeta sin vida. Quemaron el oxígeno de la atmósfera, se quedaron sin agua, sin hidrógeno. Murieron animales, plantas, todo...

—¿Y ellos?

—Unos supervivientes, cuando se dieron cuenta del cataclismo que habían producido, recurrieron a una técnica de suspender la vida, algo semejante a nuestra hibernación...

—Creo que te voy comprendiendo.

—Ellos tenían la esperanza de que con el tiempo, con lo poco que había quedado, el planeta se regenerase. Y es lo que sucedió.

—Pero eso ha tardado...

—Tanto tiempo, que escapa a nuestro cálculo. En Marte parece que se está produciendo un proceso semejante que no se puede calcular cuanto durará.

—Comprendo. Y estos seres no tienen voluntad para recobrar la vida activa...

—Exactamente. Pero los fenómenos que se están produciendo en torno a ellos logran los resultados que por sí, ellos, no conseguirían...

—Y en vez de agradecer nuestra acción, quieren terminar con nosotros.

—Somos extraños... Y en ellos no ha muerto el germen que les llevó a su autodestrucción...

Guardaron silencio Gail y Butler, requeridos por Curtis, el cual les obligó a marchar más de prisa.

De nuevo los del platillo volante por medio de sus luces de bengala consiguieron iluminar una amplia zona al límite de la cual, pero con riesgo de quedar dentro de ella, estaban los tres terrestres.

Curtis señaló en dirección a una especie de bunker.

Y dijo:

—Me había parecido verlo con anterioridad; vamos, de prisa...

Dio preferencia a Gail, obligó luego a Butler y finalmente se instaló él.

—Escondan bien las cabezas. Aquí va a suceder algo cuyo alcance ignoro, pero que puede terminar con nosotros o salvamos...

Butler fue más rápido que Gail para obedecer la orden.

Curtis, protegidos los ojos por las gafas especiales de su equipo de astronauta, asomó cuidadosamente por el lugar adecuado para la observación.

Los hombres amarillos habían descubierto grupos de indígenas vueltos a la vida, y les atacaban con sus rayos, con la esperanza de barrer, asimismo, a los terrestres.

La aeronave había descendido a menos de diez metros y se mantenía inmóvil, rastreando con sus aparatos de a bordo, tratando de localizar a los terrestres.

Fue el momento elegido por Curtis para hacer fuego con su ametrallador contra el depósito de pequeños proyectiles atómicos como los que los indígenas habían intentado emplear' contra ellos.

Se produjo primero una pequeña explosión a la que siguieron otras, prácticamente en el mismo tiempo.

Y con las explosiones se alzó una fuerte llamarada, precisamente debajo del lugar en donde se hallaba, casi detenido, el disco volante de los hombres amarillos.

Fue algo fugaz aunque cegador, siguiendo una auténtica ola de calor, de la cual quedaron bien protegidos los terrestres en el interior del bunker que habían ocupado.

Calculó Curtis que los hombres amarillos, prácticamente encima del lugar de la explosión, habrían experimentado un calor muy superior al que podrían aguantar.

Y tal como pensó el joven capitán de la Tierra, aunque él no tuvo ocasión de verlos, los hombres amarillos hicieron derivar la aeronave hacia un lugar menos afectado por el calor de las explosiones y, abriendo la escotilla dejaron caer la escala, por la cual, cuando aún el platillo no estaba totalmente inmóvil, comenzaron a

descender sus tripulantes.

Por su parte tanto Gail como Curtis y Butler, pese a la protección contra el calor y las radiaciones de que disponía el bunker, se hallaban en el fondo del mismo sin fuerzas para actuar, para moverse.

Afortunadamente para ellos los indígenas que habían intentado cercarles, seriamente afectados por la explosión, estaban en bastante peor situación que ellos o habían muerto.

En cuanto a los hombres amarillos, medio inconscientes por los efectos del calor y las radiaciones, se sintieron atacados por verdaderas masas de indígenas vueltos a la vida.

Habían caído muchos a consecuencia de la explosión, pero eran más los que afectados por la activación habían recobrado su actividad después de la misma.

Los hombres amarillos lucharon vigorosamente, echando mano de sus armas, tanto desintegradoras como convencionales.

Pero se vieron arrollados por la masa de seres aullantes a los que no les importaba morir matando, como si estuviesen privados de la razón o de cualquier instinto primario como el de la conservación.

Y de pronto comenzó a llover mientras se levantaba un viento huracanado como si todo ello hubiese sido propiciado por la explosión que Curtis había provocado.

Gail preguntó a su jefe:

—¿Qué hacemos, ahora?

—Esperar, no hay otra alternativa...

Sin embargo en Butler se produjo una reacción que le hizo salir del bunker para correr desesperadamente entre el viento y la lluvia.

Quiso salir Gail tras él, pero Curtis la retuvo.

—Se le pasará pronto. He visto casos semejantes...

—Pero corre un riesgo...

—En esta profesión se corren muchos riesgos. Estábamos libres de uno: El de enamorarnos mientras estábamos en el cumplimiento de

una misión. Pero desde que las mujeres comenzasteis a actuar como aeronautas, corremos hasta ése...

—No es tan malo, ¿no? —preguntó la atractiva chica.

—Vamos a probar...

La enlazó fuertemente por la cintura y la besó como si en ello le fuese la vida.

Gail correspondió apasionadamente.

* * *

La tormenta cesó cuando comenzaba a clarear el día, claridad que se hizo rápidamente al desaparecer totalmente las nubes que habían cubierto el espacio.

Gail y Curtis abandonaron el bunker que les había servido de refugio y, después de orientarse, caminaron en la dirección que habían visto tomar a Butler.

No tardaron en encontrarlo, tendido en el suelo, aunque comenzaba a dar señales de vida.

El segundo teniente se había visto frenado en su carrera por un árbol, contra el cual había tropezado.

Cerca de él, conmocionado por golpes que había recibido, se hallaba un hombre amarillo, del cual pudieron comprobar más tarde que era el único superviviente.

Caminaron hacia el lugar en donde había descendido el platillo volante. Cerca de él, en toma de suelo forzosa, se hallaba detenido el avión-cohete pilotado por Nancy Adams, la cual, conmocionada aún por el golpe sufrido en la forzada maniobra, fue reanimada prontamente.

—¿Dónde estoy? —fue lo primero que preguntó.

—Si nos lo dice usted, lo sabremos. Porque no hemos tenido tiempo de averiguarlo aún —dijo Curtis, con aspereza.

—Quise atacar al disco volante, pero no sé qué sucedió. Había desaparecido. Cuando lo volví a ver temí que iba a caer destrozada. Menos mal que puse el piloto automático...

Gail, que silenciosa, sin preocuparse por su tía, examinaba el aparato, dijo, al fin, acremente:

—Ahora sí que no tiene arreglo. A menos que vengan de alguna de nuestras islas planetarias unos especialistas con el material necesario para ponerlo en marcha.

—Pero si vienen ellos, ya nos será igual que lo arreglen o no —dijo Curtis.

—Es lo que yo pensaba...

—Menos mal que el disco volante está en servicio —anunció el propio Curtis—. Y que este tripulante, quiera o no, nos va a sacar de aquí para llevarnos a la misma Tierra...

Sin embargo, hubieron de hacerse algunas reparaciones al disco volante, cosa que llevaron a cabo entre Gail y el hombre amarillo, bajo la vigilancia de Curtis.

Butler, entretanto, estudió algunos archivos que habían quedado intactos. Y por ello consideró que las teorías que había formulado sobre lo sucedido en el regenerado planeta, eran las que más probabilidades tenían de acercarse a la verdad.

Porque los indígenas vueltos a la vida habían muerto. Los otros quedaban aún sin reactivar, en reposada espera.

Y los terrestres no intentaron volverlos a la vida. Curtis, cuando ya el platillo volante se elevaba, dijo: —Dejemos que la evolución natural de la vida en el planeta los saque a la vida. O que éstos queden como están, para dar paso a unos nuevos seres menos agresivos...

F I N